

# LA NOVELA DE BLAS CRUZ

(CASO DE ABULIA)

(A Pío Baroja, mi antiguo condiscípulo:  
hoy maestro en el difícil arte de novelar).

## I

### El lugar de la acción.

...Nací en Casira, villa populosa de la sufrida, hidalga y pródiga Extremadura... Mi pueblo cobija 10.000 almas que adoran la tradición del glorioso ayer para consolación del hoy insignificante. Aún no ha pasado por Casira la tea del progreso devastando montes, para dar paso á las vías del ferrocarril audaz y hasta ayer, como quien dice, no hemos conocido las maravillas de la eléctrica luz... A mis paisanos les seducen las antiguas patriarcales costumbres; protestan de las innovaciones por sistema y se extasían hablando de los difíciles pasados medios de locomoción, discurriendo las molestias de un infame coche-correo que *corre* cada día hasta la capital, á razón de legua por hora.

Mi pueblo mira al Norte; arrellana en blanco caserío en toda la extensión de la ladera de un monte empinado, cuya cima corona un soberbio castillo que en tiempos fué fortaleza inexpugnable y hoy es mansión de buhos y admiración de arqueólogos... Son las calles tortuosas, estrechas, declives, particularmente en la parte alta de la villa que nombramos allá «Murallas adentro» y que constituye la antigua villa, construída en el interior de la muralla que la circunda como anillo al dedo... Vetustos y amplios caserones con arcos de piedra en los portados y escudos de la orden alcantarina en las fachadas, rememoran la pasada grandeza...

«Murallas adentro» vive hoy en Casira la pobretería: los braceros

y sirvientes de casas de labor, los labradores de baja estofa, hortelanos de pequeños cultivos, ciertos ganaderos que hacen vida continúa en el campo y tienen casa en el pueblo para ocurrencias de enfermedades ó motivos de fiestas; algunos artesanos cuya parroquia está limitada á los moradores de aquel barrio... Quizá no exista en todo él personaje de viso si se exceptúan el maestro y la maestra municipales que por deberes del cargo viven contrariados allí.

Aquellos viejos caserones son viviendas de seis ó más vecinos, y los que viven solos, disfrutan una morada mezquina y asaz ruin...

La población de «Murallas adentro» vive apiñada, estorbándose los convecinos mutuamente en las más indispensables necesidades del vivir; ahogándose en las ajenas miserias, cuando no consumiéndose en las propias. El agua llovida es una bendición de Dios; ella barre las impurezas del suelo y arrastra por las calles pendientes hasta las afueras, las barreduras mefíticas...

La antigua muralla conservada en perfecto estado y con edificación sobre sus potentes cimientos, la perforan dos arcos romanos de piedra de granito situados frente á frente; son las antiguas y únicas puertas de entrada de la villa; pero hoy ya la muralla tiene rota la solución de su continuidad en distintas rampas, por las cuales se afluye á la carretera desde «Murallas adentro».

\*  
\* \* \*

«Murallas afuera» viven en mi pueblo los adinerados; la gente de posición social decorosa, los terratenientes y negociantes, los ganaderos y labradores en grande escala.

Es la población nueva: de día en día se va extendiendo y mejorando las condiciones del vivir... Cuenta con edificios cómodos, más que lujosos; dilatados talleres para la manufactura y elaboración de la industria corcho-taponera, muebles, construcciones para la explotación de recreos y negocios, casas de comercio de presentación subyugadora...

Esta parte de la villa es la que vive; la otra es la villa que muere consumiéndose en su poquedad miserable... Fuera, abundan los Casinos y Círculos, las tabernas y los salones de bailes, el teatro y el circo taurino, los paseos y ensanches. Dentro, la primitiva iglesia, el templo fundado para servicio de la fe antigua, aquella fe inquisitorial del siglo XIII; es la única edificación que perdura como fué á través de los siglos enhiesta y majestuosa con sus paredes rectas y blanquea-

das, enclavadas en la gigante roca que sirve de basamento al Castillo...

Este rincón de tierra extremeña que se llama Casira, límite del reino portugués, de feraz y accidentada campiña, de arbolado profuso, de finos pastizales, de cielo azul y de aguas cristalinas, de sencillos hábitos en sus gentes y de sano y económico vivir por su vasta producción auna el vecindario de «Murallas adentro» y de «Murallas afuera» en una sola adoración divina y fervorosa: la Virgen del Valle, cuya ermita á dos kilómetros de distancia del poblado es el orgullo más legítimo que envanece á los casireños... Y como yo soy casireño y ocupa mi imaginación en este instante, el immaculado recuerdo de aquella santa y preciosa ermita, situada en la margen de un río bullicioso y tortuoso que da al paisaje un encanto de placidez que ensalma; y como bajo los eucaliptos y las acacias que adornan aquel sagrado vestíbulo y aspirando el aroma de los rosales y las azucenas en flor, he sentido la alegría del vivir primero y las amarguras del recordar después; y como en el interior de aquella capilla deslumbradora de aseo, fosforescente de luces y joyas y cuajada de ofrendas valiosas y de exvotos amantes, ha palpitado mi fe tantas veces; y como á Nuestra Patrona, la bendita Virgen del Valle me he encomendado constantemente en los azares y torcedores de esta vida mía, á su intercesión poderosa recurro para que la sinceridad sea la norma de mi conducta al trasladar al papel los momentos históricos de mi existir indiferente...

## II

### Papá, mamá y el niño.

Cuentan y no acaban de referir, mis viejos conterráneos, dichos y hechos memorables, relacionados con la poco ejemplar vida de mi ilustre progenitor. Fué mi padre uno de esos ocurrentes ingenios que hacen gala en el mundo de su natural donaire en provecho propio, sirviéndose de él como talismán para tener hueco en todas las expansiones y disfrutes de las ajenas vidas y sacar siempre la tripa de buen año...

Con todo el respeto debido á la memoria de los muertos, diré que á juzgar por lo que de él me dicen, mi señor padre—que de Dios goce—pasó de este mundo al otro, complaciéndose en darse gusto á sí propio, sin importarle un ardite del parecer de las gentes... Bien seguro estoy, que Dios no habrále pedido cuenta de lo que dejara en el mundo por gozar, pues si alguna vez la espina de un torcedor le

hacía daño, el buen D. Daniel, tenía singular maña para arrancarse las espinas, á poco que sintiera el escarabajeo.

Yo tengo para mí que D. Daniel Cruz, Maestro de instrucción primaria y peregrino autor de mis días, fué sencillamente *un punto*, como decimos ahora: un hombre que tuvo *cosas* al amparo de la superioridad de su ingenioso talento sobre sus contemporáneos de la localidad y como *cosas de D. Daniel* sus dichos adquirieron libre franquicia y lograron los honores de la inmortalidad... el sentido del gusto fué el más avisado de los corporales sentidos de D. Daniel, preciándose él siempre de sus excelencias de *gourmet* mejor que de sus profesionales méritos y de su gracejo decantado: ante una mesa bien provista de viandas y botellas no tuvo mi padre digno competidor jamás, excepción hecha de su hermano D. Basilio que blasonaba con él del timbre gastronómico de la familia...

\*  
\* \*

Mi madre fué andaluza... Quiso engañar y fué engañada, es decir, casó fascinada por el espejuelo de la ambición, no seducida por los atractivos del galán precisamente...

Llegó soltero D. Daniel á los cuarenta años y prometiéndose cumplir los cuarenta y uno casado y á fe que D.<sup>a</sup> Martina Martín, huérfana pasada de sazón de un oficial de infantería, hizo factible la promesa de mi padre...

D. Daniel y D.<sup>a</sup> Martina se conocieron en Sevilla, donde aquél fué á derrochar una aproximación de la lotería que le tocó en suerte... En Sevilla realizóse la unión á poco de enamorados mutuamente y se trasladó á Casira el matrimonio, soñando ella con el disfrute quieto y gozoso de los extensos olivares, de las grandes fanegas de tierra sana y laborable, de la dehesa cuajada de encinas y alcornoques con el caserío amplio y confortable, como cumplía al valor de aquella rica propiedad... Soñaba la buena mujer con la suntuosa mansión que había de habitar en Casira, y con el capital en bienes raíces que su mano y su inteligencia de hembra hacendosa, haría prosperar... ¡Estríbillo de la conquista amorosa que hizo D. Daniel, para capturar en sus redes á la cándida andaluza!...

Calcúlese la decepción de la engañada doncella cuando al siguiente día de su llegada á la villa extremeña, manifestó deseos de conocer alguna de las propiedades que por noticias tan fidedignas sabía la señora que eran de la pertenencia de su marido... D. Daniel la complació en el acto...

Paso á paso salieron de casa (que no debió parecerle tan señorial, como se la pintaron á ella) cruzaron la extensa plaza, siguieron bordeando la muralla del Castillo y al hacer alto en «La Pendiente»—prominencia del paseo que domina un soberbio panorama donde las tierras llanas, alternan con las sierras abruptas y los olivares suceden á los cuadros de las huertas y la vista abarca hasta la cordillera internacional allá al Poniente, donde el sol se esconde cada día—al llegar á la Pendiente, digo, D. Daniel hizo cerrar los párpados á la mujer y una vez en esta guisa díjole irónicamente:

—Todo lo que ves es nuestro.

—¡Pero si nada veo, Daniel!—sencillamente replicó ella.

—Pues eso tenemos nosotros; nada—concluyó él.

Chasqueada fué la doncella: supo de sangrienta forma, por lo burlesca, que no tendría otro pasar que el aportado por el diario trabajo... Nunca se hubiera sabido la anécdota, si mi propio padre no la hubiera referido como *cosa de él*.

Desengañada cruelmente, me consta que mi madre fué buena esposa... Si perdonó ú olvidó, si fué feliz ó sin ventura no lo sé... Me consta solo que cumplió sus deberes de mujer casada y de madre de familia.

\*  
\* \*

Al año del casamiento nací yo... Ruín de carnes, medrado de estatura y harto teñido en negro el color de mi piel, fuí crismado en el día mismo de mi nacencia con el apodo de «Pizarrín» por el burlón donaire de mi padre, quien ni á su propio hijo perdonaba el hacerle blanco de su natural zumbón... Mi crianza fué la ordinaria y común á los chicos de mi clase: oíle decir á mi madre muchas veces que fuí harto llorón, torpe en dar de mí las gracias y travesuras que adornan la segunda infancia y muy pusilánime y cobardón... anduve próximo á los tres años, siendo tal rémora ocasionada al decir de mi padre por el enorme peso de mi cabeza... La evolución de cada diente se acompañó del vistoso cortejo de fiebres, alferecías, perturbaciones transcendentales en la máquina digestiva, pero escapé con el pellejo, sin duda por estar llamado á cumplir en el mundo altos designios... Angustiaron la vida de mi madre, haciendo peligrar la mía, el sarampión y la difteria, pero yo vencía á mis enemigos sin reliquia que contar, reponiéndome pronto de los males, merced á la fuerza estomacal con que á Dios le plugo dotarme y á la gran voluntad con que yo ingería cuantos materiales de reposición alcanzaban mis manos.

Sallá á la rama paterna en el apetito; mi estómago no se saciaba nunca... Fuera de las comidas ordinarias á las que hice honor siempre, entre horas me regodeaba apipándome de las clásicas perrunillas del país, ya de las sustanciosas empanadas ó de las duras rosquillas del Gobernador ó de cualquiera otro dulce de sartén que á prevención tenía dispuestas mi madre siempre; cuando no ingería mayores condumios, tales como chorizo crudo, tocino, fiambre ó queso de oveja, sabroso y picante en gracia al exceso de cuajo.

A los nueve años perdí á mi padre. Murió como vivió; sin darse cuenta de que moría... Le sorprendió la muerte en una expansión (por no darle otro nombre) en el campo, *el día de la rosca* que decimos en mi pueblo; expansión que se limita á comer fiambres y beber vino en los naranjales... Es uno de los días de fiesta eminentemente popular en Casira... Mi padre se atacó de la apoplejía en pleno alborozo, aguó la fiesta aquel año el suceso porque ya dije que era el Daniel un hombre popular y querido por todos...

Mi madre, viuda, reclamó su pensión como hija de militar y vivimos estrechamente... Yo nada era; me faltó mi padre cuando pudo hacer algo por mí, y mi buena madre se ocupó en educarme como cumplía á mi clase, haciéndome instruir en primeras letras debidamente... Desde luego fuí gran aficionado á la escritura que cultivé mucho como objeto de mi preferencia, llegando bien pronto á adquirir fama de pendolista... Este mérito me hizo puesto en el Registro de la Propiedad, donde mi carácter humilde se abrió paso en la oficina á poco de ingresar en ella.

Mi madre falleció cuando yo tenía 18 años, quedando mondo y lirondo ó poco menos en el mundo con esta gran desgracia que me ocurrió. Con mi madre faltaron los recursos de su pensión y sentí las primeras inquietudes de mi vida, atenuadas en mucho por el gran dolor de la muerte que lloraba... El Registrador, que era hombre todo corazón y que conocía mis valimientos, se apresuró á endulzarme lo penoso de mi vivir, elevándome á 2 pesetas el diario; doble de lo que ganaba entonces.

### III

#### Sale la ella...

Ella, es Valle; mi prima... único pariente—con su padre, mi tío Basilio—que constituía mi familia... Con ellos me fuí á vivir una vez huérfano...

Mi tío tenía un modesto pasar; vivían padre é hija de las escasas rentas que producía el capital que aportó al matrimonio mi difunta y política tía... D. Basilio no hacía nada: vegetaba la vida, es decir, comía, bebía, dormía, pasaba y esperaba el mañana con la propia ilusión... Habíase mantenido siempre á costa de la prójima é ignoraba muy satisfecho lo que era trabajar... Y de esta suerte fué toda la vida un hombre feliz; no le contrariaba más que no poder llenar la andorga á satisfacción cada día, pues ya dije que era un digno hermano de mi padre... D. Basilio gozó toda su vida fama de bendito; yo le juzgué siempre un gran egoistón... aunque bendito.

Mi prima Valle tenía un año más que yo... Era cuando de ella hablo una muchacha de veinte abriles, fina, menuda, atrayente, con unos ojazos tan grandes que parecían impropios de aquel óvalo diminuto. . Todo eran ojos en aquella cara; ojos alegres y vivos que absorbían todas las miradas ajenas... Como detalles consignaré que la nariz era de aletas altas, curvas, movibles, que la boca si pecaba de grande, sabía su dueña jugarla graciosamente, que la mata de pelo era una ondulosa maraña de negror subido...

Lo mejor de Valle era el trato, y, conocida familiarmente, sus dotes de ama de casa... Hacía milagros de dilatación con el dinero; duraba una peseta en su bolsillo más que un tío millonario... Preciábase de mujer gobernadora y en tal sentido ni á su padre ni á mí, nos toleraba dispendios; cuidábanos á cuerpo de rey y esta razón le hacía ser intransigente con los gastos costosos... En nuestra casa no se comían tomates ínterin no se compraban á *perra chica* el kilo; las sandías no las probábamos hasta que no se despreciaban por lo abundantes; el lomo de cerdo fresco (mi tío Basilio se parecía por él) no entraba en nuestra vivienda en tanto no se hacía la obligada matanza, arreglo necesario para todo el año.

¡Valle era una alhajita para un pobre!... Esta frase no se caía de los labios de mi tío Basilio y decía bien...

En cuanto á mí, la primita me trataba como á una criatura, y dado el concepto superior que de sí propia tenía, me juzgaba como á un menor, precisado de su guía experta y cuidadosa como de persona diestra y amante... Ella me reñía, me ordenaba, aconsejábame, pedíame cuenta diaria y minuciosa de mis andanzas en el pueblo y de mis pasatiempos del Casino, exigía de mí cuanto á su voluntad petaba y yo sumiso siempre á su despótica ley, obedecía ciegamente y nunca hacía cosa en contrario á su voluntarioso disponer.

Yo quería á Valle y la respetaba como á hermana mayor, y el

dulce dominio que sobre mí ejercía parecíame necesario para mi natural y buen vivir... No tengo sobre mi ánimo el remordimiento de haberla hecho sufrir una sola vez; y fuera por esta gratitud que me debía ó ya motivado por hipnótica influencia sobre mí, es lo cierto que Valle me reservaba el segundo sitio de preferencia en su corazón, puesto que el primero de derecho pertenecía á su bendito padre.

Cuando ocurrió la muerte de mi madre y á convivir fuí con los dos, tuvo Valle para mí ternezas tan exquisitas, consuelos tan dulces y cuidados tan prolijos, que la huella de mi dolor intenso se esfumó insensiblemente .. ¡Nunca olvidaré el bien que me hizo en este sentir!...

\*  
\* \*

Tres días seguidos, por causa mía, fué á pie á la ermita de la Virgen de su nombre mi prima Valle á cumplir una promesa... En el sorteo de quintos de aquel año saqué número alto, quedando libre del servicio militar y al publicarse la buena nueva, hizo público Valle el generoso sacrificio que por mí había ofrecido á su Virgen...

Era el Abril; el campo ofrecía un aspecto de intenso verdor... Las sementeras lozanas y erguidas prometían rico sazonar... Las encinas y los olivos blanqueaban á distancia cuajados de candelilla... Las huertas recreaban el mirar con la magnificencia multicolor de sus frutales floridos y con el boscaje de limoneros y naranjos con sus frutos robustos del color del oro... Sobre el césped de tréboles, juncias y aliagas se extendían como sábana de inmaculada albura las margaritas silvestres con su botón aurífero en el centro... El padre del día, su majestad el sol, lucía brillante y radioso espigando la vida de las plantas por su beso fecundas... De cuando en cuando, suave abrileña brisa refrescaba las enervantes caricias del Dios de la luz...

Valle, tío Basilio y yo, salíamos de Casira bien de mañana... El viejo, caballero en paciente borrica que soportaba las cumplidas alforjas y el cuerpo del caballero... Valle y yo á pie... Bajábamos lentamente, bordeando la cuesta del Castillo á buscar la calleja y en nuestro caminar, locuaces, contentos, gozosos de vivir íbamos el uno en pos del otro confundiendo en una sola las sombras de los dos... Bordeaban el camino plantíos de alcornocales, planteles de olivos y frutales, un profuso encinar y de árbol en árbol zigzagueaban los pájaros parlándose la canción eterna del amor en sus armoniosos píos... Las codornices cascaleaban en los surcos de los trigales y en las huertas los ruseñores oscuros entonaban su himno grandioso á



la augusta maternidad de sus hembras... En una copuda encina del camino colgaba un nido de oropéndola...

Ofrendábamos á nuestra patrona la Virgen del Valle cada día, la fe lactada en el pecho de nuestras madres y finada la promesa diaria, nos instalábamos en la margen de la rivera prontos á yantar... Valle tenía el blanco mantel sobre el césped y engullíamos satisfechos la clásica tortilla de patatas, el succulento chorizo, fiambre, la rica chuleta corderil y la imprescindible ensalada de lechuga, todo ello remojado en el *tinto del país*, vino que da calor y fuerza y alegría y es el orgullo de nuestras cepas *de los salones*...

Tío Basilio dormíase á poco, confortado por la vida del estómago, y Valle y yo hacíamos la digestión en amistoso platicar.

Fué el último de los tres días cuando conocí á Valle mujer; tenía sus mejillas un rosicler tan subido, brillaban sus ojos siempre vivos tan extrañamente, era una locuacidad tan extraordinaria la que advertí en ella, que la juzgué otra Valle distinta de la que yo conocía tan bien... Y como andaba sobrado de confianza, no me callé:

—Estás guapa de veras hoy, prima—díjela.

Ella se rió de buena gana y sin dejar de reir burlonamente preguntó:

—¿En qué lo conoces, Blas?...

—Toma... en que lo veo, Valle... En que eres otra á mi ver, palabra de honor—repliqué desconcertado.

Y ella zumbona siempre y echando lumbre de sus ojos, habló:

—A ver si te enamoras de mí... y se sale con la suya el pueblo.

Serio y molestado por su incisivo tono, contesté en seguida:

—Nada más á mi gusto, prima, que sentirme enamorado de tí... Créelo... piense el pueblo lo que le plazca...

—Cállate, hombre—interrumpió ella—somos pobres para gastar dispensa.

¿Fueron unas calabazas en redondo ó unas cantáridas, las que me aplicaba la hembra para obligarme á insistir? Lo ignoro; por lo sucedido después, he conjeturado que ella me tuvo siempre en reserva para apechar conmigo si no encontraba marido más de su gusto, y esta consideración me daña tanto, á pesar del tiempo transcurrido, que todas las bilis de mi máquina se me vienen á la boca y al pensamiento, y para que ellas no muevan mi mano, callo y prosigo...

Debo advertir que en Casira se nos juzgaba destinados, Valle para mí y yo para Valle, pues los pueblos noveleros y curiosos, ven realidades donde ni siquiera ha existido el soñar...

Yo no debí callarme y debí responder como cumplía el *último respingo* de Valle, pero confieso... que no supe qué responder... Me faltó un arranque de hombre; el arranque de mi voluntad que toda la vida me ha faltado para haber obtenido en aquel entonces una réplica formal en lugar del indisplaciente tonillo de réplica que obtuve, cosa á que después de todo estaba autorizada Valle según uso, costumbre y autoridad.

Dejó de roncar mi tío Basilio; equipóse la borrica nuevamente, acabalgóse en ella el viejo, y Valle y yo pian pianito, comenzamos los tres la subida á Casira...

No dije esta boca es mía en todo el camino; ella canturreaba canciones del país y yo sentía más íntimamente comprendiendo el lenguaje del amor en el idioma de los seres alados; los augustos trinos del ruiseñor, las ternezas de los jilgueros y el golpeteo acompasado de la codorniz...

El amor había hecho su entrada triunfal en mí... ¿Sería mi redentor, ó mi verdugo?...

#### IV

##### Un amigo y un negocio.

No por vanidad, sino en razón á ser de justicia, afirmo que mi juventud era la más edificante y morigerada de la masculina juventud de Casira...

Yo no alternaba en juergas y bacanales con mis compañeros de edad; no abusaba del mosto, sin embargo de que me placía beber un par de copas sorbo á sorbo con sibarítico deleite en las primeras horas de la noche; ignoraba lo que era ganar ó perder una pesetilla en juegos lícitos ó prohibidos y sabía guardar el respeto debido á los señores, ante los cuales veía yo descocados y procaces á otros jóvenes iguales míos.

Iba al Casino en mis horas de asueto y me sentaba humilde á honesta distancia de los señores de mayor edad y jamás me atreví á meter baza en sus conversaciones de hombres maduros, ni mucho menos á censurar sus defectos y vicios. Yo no pertenecía al grupo juvenil que anotaba cada día los periódicos que se llevaba D. Fulano, ni las copas de cazalla ó ron que apuraba D. Perencejo, ni las medias botellas que consumía D. Beitrano á cuenta de su crédito en entredicho... Jamás hice corro con los socios de tijera, socios que se parecían por llevar al Casino las hablillas de la calle para zaherir á nuestros vecinos impunemente.

Me hacía cruces á fuer de muchacho pusilámine y ordenado, cuando conocía las circunstancias que rodeaban á mis amigos los jóvenes; había algunos de éstos que tenían su capitalito ganado al golfo ó al monte; otros en cambio adquirirían deudas á cuenta del capital que á la muerte de sus padres heredaran; no faltaban chicos que triunfaban y gastaban á cuenta de otro, no poniendo en cada discusión más que la boca; muchos vivían á expensas de sus padres que los educaban para vagos profesionales, sin otras esperanzas para el porvenir que un matrimonio de fortuna...

Con ninguno de los jóvenes de este jaez alternaba yo; ordinariamente dos ó tres íntimos de mi calaña, aficionados á la caza, éramos los habituales contertulios... De noche no salía de casa nunca; retirábame á cenar á las ocho ó las nueve, según la estación, y después no pisaba la calle hasta el siguiente día...

La primera noche que falté á cenar, lo debí á un amigo que me eché...

\*  
\* \*  
\*

Se llamaba Pedro Pez; era de un rubio ultra inglés, buen mozo y peligrosamente simpático. Vino á Casira con otro señor—viejo, gruñón, mal encarado—una temporada de invierno á explotar la ambición de los socios del Casino... Habían arrendado el juego y venían á proporcionar un invierno emocionante á los socios... y sus familias... La sala verbeneaba cada noche; acaso por ser prohibido el juego, pues si se hubiere jugado á lo lícito aunque el empeño de la fortuna mayor, quizá la concurrencia no hubiere sido tan nutrida y heterogénea... Mi palabra que no puse los pies en la sala del crimen; me lo vedaba la presencia del Registrador (mi querido jefe) y la de los prohombres de Casira y ya dije lo respetuoso que fui siempre para los mayores en edad, saber y gobierno...

Un domingo de esos de Noviembre, fríos y nubosos, vedados para cazar, ultimé de comer y salí con rumbo al casino. Tomando café estaba cuando se me presentó Pez; le había visto repetidas veces, pero nunca crucé con él mi palabra... á vueltas de manejos de incensario y de elogios á mi virtud perseverante en no probar fortuna, Pez se manifestó encantado de mí y me rogó que le ayudara en sus *trabajos*, contando con una remuneración pingüe, puesto que su compañero tenía que ausentarse para implantar el negocio en otra población y quedábase solo. Rechacé de plano sus ofrecimientos insinuantes, indicándole otros nombres más diestros en el manejo de las cartulinas,

pero Pez significó su confianza en mí precisamente porque yo no sabía jugar, notificándome al propio tiempo que mi obligación se limitaba al pago de las posturas que ganaban y á recoger las perdidas.

Para concluir de adiestrarme en mi nuevo oficio, Pez reclamó unos naipes y prácticamente aprendí cómo se abonan los entreses; cómo se indica el juego de los medios billetes; qué significaban los clijanes, etcétera, etc.

Y como la tarde estaba aparente—como dicen allá—para enviciarse al amor del comfortable brasero, aquella misma tarde *debuté* recibiendo el saludo de sorna de mi jefe y las bromas burlescas de los socios que me llamaban *grupier* á boca llena, sin que yo entendiera entonces el significado de la palabreja... Se empalmó la tarde con la noche: cené en el Casino (á expensas de Pez) mandé por la llave á casa y toda la velada estuve discurrendo qué pensarían de mí tío Basilio y Valle por aquella salida de tono mía, contando para aliviarles el disgusto con el extraordinario metálico que aportara á casa aquella noche...

Sufrí mucho, lo confieso; cada vez que venía la contraria del Registrador ó cada vez que la banca aumentaba disparatadamente su capital, se me ocurrían unos pensamientos tan amargos, que á punto estuve en más de una ocasión de levantarme de mi sitio.

A las altas horas de la noche, acabó aquello... Pez me dió dos duros—á duro por sesión; tarde y noche—y yo olvidé todo lo pasado restregando gozoso uno con otro los dos ojos de buey. Por la mañana, antes de mi hora acostumbrada de oficina, tuve una explicación detallada con mi prima y su padre: les dije que se repetiría la escena noche tras noche mientras durara el vicio, é hice entrega de las dos rodajas alfonsinas que aceptó Valle con cierto mohín escrupuloso por tratarse de dinero mal venido, pero que aceptó al fin...

\*  
\* \* \*

En esta guisa transcurrió Diciembre y parte de Enero; el contrato finaba á mediados del siguiente mes y yo lamentaba de antemano verme privado del sobre sueldo que disfrutaba... Pero, otro negocio más lucrativo—según Pez—*teníamos* en puerta; pues debo advertir, que Pedro se permitía asociarme de palabra á la buena ó mala suerte de cada noche, sin embargo de que yo percibía, viniesen malas ó buenas, cinco pesetas por sesión.

Pez—que lo era y de muchas escamas—necesitaba de mí para su negocio... Fué tan franco, que me confesó sin ambajes, ni rodeo, que

la perspectiva de este negocio le había hecho acordarse de mi para hacerme ganar el diario durejo... ¡Y pensar que otorgué á su propósito sin protestar siquiera!... Estos caracteres débiles como el mío, solo servimos en la vida, para hacer daño en lucro de otro; somos acéfalos, lo que aparentemente simula una cabeza, es caja de huesos con adornos más ó menos bonitos por fuera, pero vacía en su interior. Lo digo, y lo digo como lo siento... Pero vamos al caso.

Obtuvo de mí el insidioso Pez, nota detallada de los censos que gravitaban sobre las fincas de la jurisdicción casireña... Vergüenza me dá hacer mención de los perjuicios que causé, pero quede en mi abono el hecho de que no supe lo que hice... ¡Qué trabajo más improbo eché sobre mis hombros!... ¡Qué incertidumbres y cuántas intranquilidades para sacar de los libros del Registro las notas, evitando la observancia del jefe!... ¡Y qué ruinmente pagué la confianza que aquel buen hombre depositó en mí!....

Cuando tuve en limpio mis anotaciones, detalladas y completas, llevé á Pez á casa y le hize entrega del manuscrito...

Pez se restregó las manos gozoso, diciéndome:

—Mil pesetas para tí, seguras, Blas (ya nos tuteabamos). Abrí los ojos desmesuradamente y pregunté; pero él sin dejarme hablar, siguió:

—Este manuscrito será una mina para el Estado... ¡pero los ingenieros han de cobrar buen pellizco! ¿verdad?...

Seguía sin comprender y retirando su diestra de mi hombro, donde sentía palmaditas acompasadas, le obligué á ser explícito.

No sé qué monserga tejió de la no caducidad de los censos y del tanto por ciento que corresponde al denunciante; yo le interrumpí furioso y vi la risa de Mefistófeles en su carcajada irónica...

No le pegué á aquel hombre; me sentí abatido, inconsciente, atormentado por mi culpa... Pez salió de mi cuarto sin cuidarse de mí; continué ensimismado largo rato y sacóme de mi abstracción la risa de Pez que hacía duo á la de Valle en el pasillo... Salí precipitadamente á tiempo que Pedro se despedía de mi prima; á él no le ví, pero ella reflejaba el intenso brillo de los ojos, tenía el propio rosicler en las mejillas y la idéntica y desacostumbrada animación de la memorable tarde de la Ermita.

## V

### Solo...

Desde la pasada de Pez, mi ser moral cambió intensamente... Veía

venir la tormenta de un día á otro; sentía ya el odio general que se iba á desencadenar en mi contra; palpaba la cesantía en mi destino, después de la villana acción.

Pez había levantado el campo de Casira, dejando exhaustos bolsillos bien repletos y le suponía activando el negocio de su lucro y el de mi degradación futura.

Para que mi humor rayara en lo irresistible, Valle, requerida por antiguas amistades, habíase visto obligada á pasar los Carnavales que se avecinaban en la capital, y en casa continuabamos tío Basilio y yo al cuidado de una vieja asistenta.

Ansiaba que llegara el antruevo para aislarme del mundo cuatro días entregado al placer de la caza; ínterin los días del vagar llegaban, cumplía mi deber en la oficina, cejijunto y mohino, indiferente á las acostumbradas bromas de mi superior, que atribuía mi mal talante á *fazanas* del amor, como él decía...



Llegué á la Ermita de Ntra. Sra. del Valle, la noche del sábado, víspera del primer día de Carnaval; conmigo llevaba *dos pájaros* (perdices) sobresalientes, el arma *perdicida* y la canana bien provista de cartuchos. La ermitaña me preparó cama donde dormir y me sirvió opípara cena; pretexté una sonnolencia que no tenía y un cansancio grande y me retiré á dormir... A poco advertí que la cocina quedó solitaria; se hizo la obscuridad completa y cerré los ojos... ¿Diré que extrañé la cama; que eché de menos (cosa rara en cazador) mi cómodo catre, que mi pensamiento en su incansable batallar, no toleraba el beleño que mi cuerpo apetecía; que mi cerebro lo llenaban nombres y sucesos por todo extremo encontrados?... Apuntaré todo lo dicho por ser verdad y agregaré que oía desde mi alcoba el *crá... crá...* incesante de las ranas que poblaban la rivera; el fiero ladrido de los mastines que guardaban haciendas y ganados; el rítmico y desapacible movimiento de los élitros de los grillos... Antes del alba, los inquietos pardales y las sociables golondrinas me avisaron con loca sinfonía el arribo al mundo del Domingo Gordo, y cuando el tío Juan, el ermitaño—refranero y adulador—vino á despertarme, con harta sorpresa suya, me miró vestido y en equipo de marcha...

¡Qué hermoso es un amanecer en el campo de nuestro país en el Febrero risueño! Tiembla el rocío en la hierba y en las florecillas silvestres; las retamas muestran sus corolas amarillas ó blancas abri-

tadas por el paso de la noche; la alondra canta en los surcos del reciente barbecho, y en lo azul del cielo parpadean las últimas estrellas, cuyo fulgor atenúa el resplandor del carmín de la aurora... Un airecillo sutil y fresco, aroma del bosque en primavera, acaricia el rostro y en el alto de la sierra la celosa perdíz curichea y parece replicar al canto silbador de los trigueros... Las montañas á la escasa luz del amanecer, simulan gigantescas moles grises y la arboleda sin color parece ejército de aguerridos paladines...

Yo fui á puesto hecho; hice una buena mañana... Cuando torné á la Ermita, alto ya el sol, colgaban de mí tres soberbias perdices, muertas por su celo en el querer... Las perdices estaban en sazón para cazarlas; *se corrían bien*...

Tuve suerte; me harté de matar gallináceas y en la tarde del día de Ceniza requerí mis bártulos y volví á Casira.

Mi prima continuaba en la capital; con el cochero le remití dos pares de perdices, y aquella noche, no obstante ocupar mi cómodo lecho, tampoco dormí... Toda la noche maduré el proyecto de formalizar mi pretensión para casarme con Valle, decidiéndome de antemano á hablar con mi tío del asunto...

Bien de mañana me levanté al siguiente día, y antes de caminar á la oficina, solemnemente pedí á mi tío Basilio la mano de Valle... Mi tío se sorprendió, pero accedió por su parte luego que Valle aceptara... Sin embargo, puso algunos peros, fundado en mi corto sueldo, mas con sonrisa burlona y dándoselas de hombre sabido, dijo:

—¡Cómo se conoce que te constan los milagros que Valle sabe hacer con el dinero, perillán!...

...¡El muy belitre—pensé—qué poco se acuerda de que él solo aportó al matrimonio su egoísta cuerpo!...

\*  
\* \*  
\*

Copio, sin quitar letra, la carta que Valle escribió desde la capital, dos días después de los Carnavales:

«Querido papá: mucho celebraré que estés bueno, en compañía de mi primo, yo buena, gracias á Dios. Me he divertido bastante estos días, pues los bailes del Casino y el paseo público estaban muy concurridos y he visto máscaras muy bien disfrazadas... ¡Qué diferencia del de aquí, al Carnaval de nuestro pueblo!... Si te digo que estoy como aturdida todavía, no te engaño... Esta familia, cariñosísima conmigo. Es preciso que compres media docena de quesadillas de las que

hace Andrea, que es muy limpia, y una docena de bollos de la Olalla, pero que cuiden el horno y no los quemem como sucedió cuando se hicieron para tu santo...

Esta tiene por principal objeto decirte que me ha salido novio para casarnos en seguida... He aceptado con la condición que tú has de vivir con nosotros... Es un buen chico; un hombre tan vividor que no es posible que mueran de hambre los que de él dependen... ¡lo que conviene á toda mujer, que piense en el porvenir! Mi primo puede darte detalles porque lo conoce bien; es su amigo Pedro Pez.

Hasta pronto, que vendrás por mí, se despide con un abrazo tu hija

Valle. »

P. D. Recuerdos cariñosos á Blas.

Acabada la lectura, mi tío quedó con la boca abierta y yo patidifuso... Por fin se arrancó el viejo:

—¿Quién es Pez?...

—Una trucha... respondíle dejándome llevar de las malas pasiones que germinaban corazón adentro.

—Explícate muchacho y no me hagas creer que habla el despecho por tu boca—exigió mi tío...

Y hablé largo y tendido de Pez; aludiendo á su oficio de jugador, á su carencia de porvenir, á su vida crapulosa, á todo cuanto mi mala voluntad me hacía inventar y discurrir en su contra... Yo no aludí discretamente á la mala pasada que iba á hacer á los propietarios de Casira, por la parte que me tocaba á mí, y terminé mis explicaciones tratando de hacer valer mi derecho de preferencia sobre Valle... Mi tío Basilio no se convenció de las razones que aducía yo, como impedimentos á las pretensiones de Pez, y así me habló:

Mira, Blas, en el corazón no se manda... Valle elegirá entre los dos y si le conviene Pez más que tú, Pez la conseguirá.

Con toda la amargura contenida en mi saco biliar repliqué:

—Bien sabía yo que su autoridad paterna se quebrantaría una vez más... Lo que sucede me lo malicié hace tiempo, tío... Valle me tenía en reserva...

D. Basilio se encogió de hombros y yo abandoné la estancia dando un portazo...

\*  
\* \*



Ya habían comenzado á llegar á Casira los avisos imperiosos... Cada tres ó cuatro días se notificaba á una docena de propietarios la obligación que tenían de redimir los censos y cargas de sus bienes, que en virtud de la ley desamortizadora pertenecían al Estado. En las tertulias y casinos no se hablaba de otra cosa y las protestas eran unánimes é iracundas, pues es sabido que nada se censura más enconadamente que las disposiciones que afectan al bolsillo. Recriminábase como merecía al denunciante, pero conveníase en que alguno de la localidad debía estar interesado en la denuncia, á juzgar por los datos precisos de fechas, capital, intereses y atrasos que se reclamaban á cada propietario y se deducía que solo en el Registro de la Propiedad habrían facilitado los antecedentes...

Yo que había callado mi *participación en el negocio*, tuve que confesar forzosa, duramente impelido á ello, por mi Jefe. Fué una escena inolvidable, caí de rodillas ante mi superior, confesándome autor del abuso de confianza que se me atribuía. Pedí perdón, compungido, llorando á lágrima viva, y aunque el buen hombre tras una regañina que me hizo gran daño, me perdonó y ofrecióme servirme en otros asuntos que le requiriera, él debía una satisfacción pública y no podía darla sino declarando cesante al oficial del Registro.

Volví á casa abrumado; me encerré en mi cuarto y discurrí largo rato dónde meter la cabeza para agenciarme el cotidiano garbanzo y la rehabilitación de mi mañana...

Entretanto la boda de Valle y Pez era cosa hecha... Tio Basilio estaba encantado y yo no habia tenido valor de afrontar la mirada de Pez... cuando debiera haber sido lo contrario... ¡Si sería carácter el mío!...

Estaba avergonzado; sabía que estaba mantenido de limosna en aquella casa, y este convencimiento me hacía tanto daño, que no veía las santas horas de salir del lado de mi tío...

Una noche—era verano—preparé un maletín y dispuse mi viaje; pero antes de ausentarme llamé á Valle y á su padre para despedirme de los dos... A decir verdad, ignoraba el camino que seguiría... ¡Cualquiera, antes que vivir en un pueblo donde insoportable vacío reinaba á mi alrededor!... Restábanme algunos duros economizados en mis odiosos días de *grupier* y con ellos pensé dar mis primeros pasos por el mundo desconocido.

—¿Y no me das el gusto de asistir á mi boda? preguntóme Valle, leyendo en mi alma con sus penetrantes pupilas...

—¡Mentira parece, que solicites de mí sacrificio tal!... contesté tristemente.

—No sé qué de particular tenga—terció el viejo.

—¡A qué disimular, vamos á ver... cuando los dos saben el mal que me hace este casorio!...—insistí ingenuo.

Ella tuvo un nuevo arranque de valor... felino...

—¡Y yo que pretendía—dijo—hacerte vivir con nosotros, Blas!... Una sonrisa entre maliciosa y amarga desplegó mis labios. ¿Cómo patentizar á aquella mujer el odio africano que mi corazón sentía por su futuro Pez?... ¿A qué esbozarle el porvenir de torturas que sufriría, si poco escrupuloso por mi parte, transigía con su proposición, condenándome día y noche á padecer la dicha ajena ó á padecer con ella si era infeliz?...

Quedó sin réplica la impertinente pregunta de Valle... Insistí en que mi ausencia era irremediable y contrariados y llorosos me dejaron marchar, sin preguntarme la ruta que seguiría, cosa que en verdad no hubiera podido decir porque la ignoraba yo mismo.

Antes de salir, ya en el pasillo, me llamó de nuevo Valle: Espera, Blas, espera... Tengo un encargo para tí...

Fué á su dormitorio, abrió el arcón, sacó de una vieja cartera un billete de 1.000 pesetas y me lo entregó con estas palabras:

—Esto me ha dado Pedro para tí, por lo que sabes, ¡tu comisión!

Acaso no debí coger aquel dinero y tal fué mi primer impulso, pero consideré que en la vida es más práctico ser Sancho y no imitar á D. Quijote; discurrí las necesidades y apuros que me ocurrirían en mi vivir errante y guardé el billete, con brusco movimiento, en el bolsillo interior de mi americana, diciendo secamente y á guisa de comentario:

—Está bien...

## VI

### Predicaciones y predicamentos.

No quiso mi destino alejarme gran cosa de Casira; perduré en el término municipal... La primera escala que hice fué en una majada de pastores harto conocidos míos; aquella buena gente me recibió en palmitas; interesóle mis andanzas y exigió explicación cumplida del por qué me alejaba del pueblo...

...Y yo mentí sin escrúpulos; traté de hacerme partido desfigurando el origen de mis desdichas y presentándome como víctima de los maquiavelismos de los poderosos, maltratado por defender el bienestar de los humildes...

Ventilábase por entonces en Casira sorda y encarnizada lucha de clases; una lucha en la cual aparentemente se discutían derechos terrenales, y en realidad no era otra cosa que la lucha constante entre pobres y ricos, la batalla de intereses que en todos los pueblos existe bajo nombres distintos...

¿Qué podía yo hacer al verme despreciado y zaherido por los predilectos de la fortuna?... Sencillamente: hacer lo que hice: afiliarme al bando de los que los odiaban... Con lo cual no hice otra cosa que lo que los mortales todos hacen: sentir el odio contra los que nos abandonan al destino y nos impiden nuevos medros á su sombra...

Era propicia la ocasión para hacerme partido y vivir. Precisamente aquellos pastores eran de los más rebeldes y levantiscos y fuí por ellos proclamado su *leader*, como hoy se dice y tratado generosamente á mesa y mantel...

Aquella choza fué el primer templo de mi predicación y á ella iban á visitarme y á ofrecerme su concurso para mi obra redentora de la pobretería la gran masa de los humildes de Casira, en cuyas tabernas se hacían lenguas de mis talentos los ganaderos que volvían del hato los domingos, de mañana, y los braceros que mataban el gusanillo en espera de jornal...

En tanto yo en la majada del Bujo —así era el mote del mayoral— seguía siendo el factor absoluto. Llegaban en mi obsequio de otras majadas los alechonados chivos, las enormes cántaras de leche, los sabrosos y tiernos quesos; y de las huertas las legumbres y hortalizas más escogidas y las frutas más sazonadas y jugosas... Los sandieros me llevaban sus mejores y más voluminosas sandías y haces de leña ó cargas de picón los braceros sufridos...

Predicábales siempre la fraternidad entre los menesterosos y la lucha abierta contra el capital que nada significa sin su auxiliar poderoso, el trabajo... Les hablaba de que el trabajo agota y se remunera mal el corporal esfuerzo del hombre que tanto rinde en provecho único de quien nada gasta y sólo anticipa para centuplicar... Guerra al capital, decía yo, si no paga el trabajo, y mientras mi público se entusiasmaba, yo me acordaba sin cesar del ciudadano Nerón, personaje de una zarzuela muy en boga por aquellos tiempos, cuyo papel representaba yo á maravillas...

\* \* \*

Me jugué el todo por el todo, y rodeado de mi aureola de popula-

ridad, senté mis reales en Casira... Tomé casa, me hice servir por una vieja muy pulida y fiel, y en mi propia vivienda establecí el Centro Proletario, instituyéndome presidente y haciendo la correspondiente consignación para local en el capítulo de gastos. .

De esta suerte me hice super-hombre y á mi casa—que era la de los socios, con justa razón—concurrían á diario menesterosos de consejos, necesitados de consultas, idólatras del yo redentor que predicaba... Llovían los regalos y las propinas: nadaba mi casa en tanta abundancia, que yo me acordaba de mi tío Basilio á cada paso... Fui árbitro de las discordias entre los humildes y parlamentario en las transacciones luchadoras de las clases opuestas...

¡Cuánto me reí en mis adentros pensando en el temor que infundía mi nombre en la mente de los adinerados!... No había juicio de faltas en el que yo no actuara como hombre bueno; ni camorra que no aplacara mi voz, ni opinión más tenida en cuenta que la mía...

Justo es consignar que tuve mis disgustillos también y que fui procesado como instigador de algaradas populares, pero siempre quedé bien, merced á la influencia de cierto cacique con el cual me entendía bajo cuerda á cuenta de votos...

Tenía mi capitalito que iba creciendo de día en día, pues las mil pesetas de marras, por consejo del Bujo, las empleé en ovejas que se reprodujeron pasmosamente, y como pastorías y guardianes nada me costaban, hice suerte en este sentido...

El único que me conocía el flaco, era mi antiguo jefe el Registrador; ¡no en balde me trató íntimamente tantos años!... Me lo dijo bien á las claras cierta noche:

—Come y triunfa, Blas, pero quiera Dios que no lo pagues caro.. ¡Pobre de tí el día que te desenmascaren!... Tú eres lo que eres contra tu voluntad; te conoces bien... Eres muy tonto para ser pícaro y á fe que es difícil de representar el papel de pícaro á la fuerza...

Tenía razón mi ex jefe... ¡Qué ganas de acabar aquella ficción tenía y qué miedo por saber cuál sería el fin de aquello, y... el fin mío...

\*  
\* \*

Una noticia triste habla venido á amargar los días gloriosos de mi reinado... El pobre de mi tío Basilio había fallecido en una población del Norte, donde residía con sus hijos.

Tardé mucho tiempo en saber de ellos, pues no dejaron rastro á su salida de Casira, efecto del vacío que la inmoralidad de Pez hizo en

torno... Supe que una vez casados Valle y Pedro, enajenaron los bienes que en el pueblo tenía mi prima, destinando el producto á dilatar el negocio del vivir de Pez... Salieron de Casira é hicieron vida errante de pueblo en pueblo como demandaba el oficio de él, instalándose definitivamente en el Norte... En cuanto á si el matrimonio era feliz ó no, se ignoraba; acentuándose las sospechas de que Valle no era dichosa y que su marido era un truhán... También supe que mi prima había dado á luz una hermosa niña al año de su casamiento y que ella estaba delgaducha, feilla, sin brillo en los ojos y mortecina la color de la piel y que mi tío Basilio avanzaba con pasos gigantes camino de la tumba, amenazando por su aspecto dar un porrazo cualquiera día; como lo dió á poco de conocer yo estos vaticinios y tan antiguas noticias, venidas á mí por un viajante natural de Casira que visitaba la plaza mercantil donde residía mi familia...

A ellos —mi prima y mi tío—había les informado el viajante de referencia de mi brillante posición local y de mi jerarquía social y se hicieron cruces, resistiéndose á dar crédito á la noticia... ¡Siempre me consideraron hombre incapaz de hacer fortuna y me negaron valimiento!...

Así que me informé de la muerte de mi tío, me vestí de negro y escribí á Valle--á ella sola--dándole el pésame más sentido en una carta que maduré detenidamente..... Por cierto que no obtuve acuse de recibo...

## VII

### Cambio de ambiente.

Se hizo la revolución en Casira un día de Mayo... Grave conflicto fué el que provocamos; asaltamos rústicos predios; invadimos terrenos cuya propiedad juzgábamos litigiosa; penetraron los ganados en los frondosos pastizales de reserva... y excuso decir dado mi carácter, el alma guerrera que desplegué en la acción, aunque la procesión me andaba dentro.

Los ricos protestaron indignados... pero no pasaron de ahí, hasta que se pobló Casira de guardias civiles y se pusieron coto á los desmanes del populacho, aprehensando á los más alborotadores y á mí entre ellos como cabeza del motín.

Antes del suceso tuve yo dos prudenciales precauciones; una, impedir que el Bujo con su ganado se metiera en nada, y otra hacer constar que había yo vendido al propio Bujo la ganadería de mi propiedad, aunque reservadamente conservaba en mi poder, con la firma del propio interesado recibo en contrario.

Y á vuelta de declaraciones, autos y procedimientos que llenaron mil folios, al año se sobreseyó la causa con la única excepción por parte mía: salí condenado á un año de destierro... ¡Cuánto favor no le debí á aquel cacique mi amigo, que me tendía cable tan benéfico para salvarme de la situación cada vez más tirante y expuesta de aquella vida mía!...

Cumplí la condena acto seguido y di con mis huesos en otro pueblecito extremeño, distante cien kilómetros de Casira... ¡Qué tranquilidad respiré allí esperando los acontecimientos y convencido de que á la vuelta de un año, la paz reinaría en Casira, como así sucedió!...

Durante mi ausencia se hicieron las elecciones municipales y se consolidaron definitivamente las propiedades... Dos acontecimientos trascendentales para mí: el segundo porque finiquitaba la lucha personal que me hizo caudillo del bando perdidoso y el primero porque me garantizaban mi futuro pan, pues á poco de tomar posesión los nuevos munícipes (obreros y republicanos coaligados) les pareció equitativo reintegrarme de mis pasados infortunios por la causa de ellos y me nombraron oficial de la Secretaría con el haber diario de 2'50 pesetas, cargo donde aun perduro y donde he perdurado á pesar de los cambios de situaciones políticas, haciendo todo el bien compatible con mi honorabilidad...

\* \* \*

Nada fortifica el vivir tanto como la tranquilidad de la conciencia cuando se es honrado...

De mis vicisitudes y éxitos todo lo había olvidado ya: no odiaba á nadie, excepción hecha de Pez á quien—acúsome de este pecado—le deseé la muerte muchas veces...

Hago constar que ninguna mujer fuera de Valle, me hizo mella jamás, y por consiguiente ni una sola vez pensé en casarme como no fuera con Valle, si esta enviudaba... Creo que esta razón infundía en mi ánimo el deseo de la muerte de Pez, más que el odio que por él sentía.

Júzguese por estos datos, lo que pasó por mí, cuando leí en un periódico cortesano la noticia del asesinato de Pez, cierta noche al salir de una casa de juego.. No pasé del primer párrafo del periódico; me bastaba con lo que sabía... Yo juzgué el suceso como justicia divina y tuve la saña de pensar que la mano criminal nos había vengado á muchos...

Prometí solemnemente ser un padre para su hija y un marido para su mujer, contando con la voluntad de Valle, y me apresuré á escribir á ésta ofreciéndome incondicionalmente y acompañándola en su sentir, como era de razón... ¡Burla más sañuda!...

A los pocos días contestó Valle llamándome á su lado; necesitaba un hombre que realizara los negocios de su marido é hiciera las liquidaciones de la sociedad explotadora y ¡á quién había de recurrir ella mas que á su primo Blas, único pariente que en el mundo tenía!...

Excuso decir que me apresuré á obedecerla, pero confesaré (porque me he propuesto no olvidar detalle) que antes de salir de Casira, hice una visita á la Virgen del Valle y ofrendé un exvoto en forma de corazón, símbolo del mío inflamado de amor por mi prima, la cual, en mi imaginación alocada la juzgaba mía así que se sucedieran los rigores del luto.

\*  
\* \* \*

¡Qué tristeza más honda delataba el semblante de mi prima Valle!... ¡Qué inexpresión en los ojos y qué palidez en las mejillas y qué quietud de espíritu tan manifiesta en aquel antes bullidor y alegre ser!... Había encanecido, estaba delgaducha y parecía haber vivido un lustro por cada año... Hacía ocho años que no nos veíamos... ¡Cuánta variación en aquel tiempo transcurrido!...

—Por aquí ha pasado el dolor—discurrí. No el dolor repentino é inesperado que engendra la inconsciencia, sino el dolor lento, brutal, íntimo, el dolor que atosiga y hace sangrar el alma cada día, acusando su huella cuerpo afuera porque el interior rebosa...

Valle me abrazó como en nuestros infantiles tiempos, llorosa y amante... Respeté su penar y juzgué que la larga historia de sus vicisitudes y la tormenta de sus recuerdos pasaba atropelladamente por su cerebro...

A nuestra vera un diablejo de cinco abriles con guedejas colgantes y risueña faz—Valle en miniatura—traveseaba incansable. Alcé á Vallita en mis brazos y la besé en la frente; creo que ni su propio padre besó nunca á la pequeña con el amoroso fervor mío...

Luego se hizo la calma, y mi prima historió somera su vida de azares y tristuras; una vida salpicada de miserias, donde la dicha no lució su rayo inmaculado...

Al siguiente día, la prosa me ocupó... Los herederos de Pedro Pez liquidaron el capital social de la compañía explotadora... de incautos y

mi prima percibió un total de 30.000 pesetas, que me apresuré á invertir en papel interior con las formalidades de rúbrica.., Después se enajenaron los muebles excusables, se abonaron los créditos del vivir de Pez; firmó Valle mostrándose parte en la causa incoada por muerte de su marido, ultimamos los precisos detalles inherentes al trastorno ocurrido y al acabamiento de un hogar que se desmorona y desaparece y salimos para Casira...

Valle lloró al abandonar su última residencia, donde quedaban para siempre los restos de mi tío Basilio y donde ella fué infeliz...

Yo no tuve valor para exponer todavía á Valle mis honestas pretensiones, de las cuales estoy cierto se percató á seguida y juzgo que me agradeció mi silencio por aquel entonces. En cuanto á Vallita, cada hora me encantaba más, advirtiéndose con gusto por mi parte que su tío le era grato...

Todo marchaba viento en popa, y ya en Casira, siempre respetuoso con Valle, le cedí mi casa, y aunque con madre é hija comía y todas las horas del día vacantes, las acompañaba, yo pernoctaba en la vivienda de un amigo pensando siempre que cambiarían pronto las cosas...

## VIII

### El amor á la vida.

Un mes iba trascurriendo desde nuestra llegada á Casira, cuando Valle significó su deseo de visitar la Virgen, deseo que yo me apresuré á complacer... Era un día gris del otoño triste y sin sol, de lejanías borrosas y de hondas quietudes... En los campos silenciosos palpaba la augusta paz de la tierra, dormida, agotada, seca por las abrasadoras caricias del sol del estío... Algunos labradores surcaban con las rejas del arado el suelo caldeado, levantando su labor nubes de polvo... Las cogujadas airosas, escarbaban, picoteando los recientes surcos... Se presentían las aguas otoñales; las benditas aguas del otoño que sazonan las sementeras y hacen fecundas las raíces de las hierbas exhaustas bajo el subsuelo..,

Nuestra visita á la Virgen fué una visita puramente devota; sin merienda subsiguiente, sin regocijo como otras veces que recordaba yo y que seguramente no olvidaba Valle... Yo llevaba la niña conmigo sobre pacífica yegua... Valle montaba sosegada jumenta ataviada con cómoda jamuga.

Valle entró en el camarín y en él depositó un exvoto... Era una



preciosa y pequeña cabeza de cera.. Nada dije, ni pregunté acerca del significado del exvoto; fué ella la que de retorno me habló.

—Mi exvoto significa, Blas, la confianza que deposito en la Santísima Virgen, para que mi cabeza serena, se afirme cada día más en la conveniencia de no aceptar ningún nuevo casamiento.

—Valle, por Dios... respondí precipitadamente.—Si soy yo el que te ama y juro hacerte feliz... ¡Retira el exvoto!

—¿Crees—dijo ella—que ignoro lo que pasa por tí?... Sé que me quieres.

Te lo conocí en nuestra primera entrevista... Pero mi infelicidad del pasado me pone en guardia... No quiero tentar á Dios de nuevo.

—Prima... prima... yo que amaba la vida por tí solo—insistí.

—Estoy escarmentada—continuó.—Mi vida es esto, Blas (y señaló á su hija)... Este será si Dios quiere el único amor de mi vida, y en cuanto á tí, si es verdad (que lo creo) que yo soy todo para tí, te diré por boca de nuestro poeta Gabriel y Galán...

..... ama la vida  
que á Dios y á mí, nos amarás en ella.

\*  
\* \*

...Y amé la vida porque lo ordenó ella así en mis comienzos. Hoy la amo porque el morir tiene una cara muy fea, pero esto, si no es vivir es rumiar la vida día tras día, es soportar la existencia de un vivir sin ilusiones, que son en lo terrenal la verdadera vida...

LUIS R. VARO.

Albuquerque, Julio-Agosto, 1908.

## BRUMAS

En el hermoso valle  
donde corrió mi infancia,  
al pie de una alta sierra  
que el horizonte raya,  
de robles y castaños  
y pinos rodeada,  
para tu amor tenía  
yo una casita blanca.

---

En tiempos que se fueron,  
cuyos recuerdos matan,  
cuando de mis amores  
eras, bien mío, esclava,  
sobre mi pecho amante  
la frente reclinabas,  
y, mientras con tus rizos  
mis dedos enredaban,  
te hablaba á todas horas  
de mi casita blanca;  
contábate yo todos  
mis sueños y esperanzas...  
mis sueños!..., ¡más alegres  
que el clarear del alba!...

---

Soñaba yo, bien mío,  
con dichas realizadas;

---

¡con que eras ya mi esposa,  
la dueña de mi casa!...  
Soñaba que en las dulces  
horas de la mañana,  
cuando tu hermoso cuerpo  
el lecho rellenaba,  
y tus cabellos, rubios  
como la mies, formaban  
bordados caprichosos  
sobre la blanca almohada,  
de la nupcial alcoba,  
abría la ventana:  
la claridad brillante  
tus ojos entornaba,  
y en suave soñolencia,  
con voz entrecortada,  
haciendo con tus manos  
débil sombra á tu cara,  
—¿Qué es eso— me decías—  
que viene hasta la cama,  
que brilla, que me ciega?  
—El sol que dentro salta,  
que va á alumbrar tu frente  
que tu hermosura baña...

Y entonces sonreías  
con voluptuosa gracia,  
y... ¡un beso, sólo un beso  
unía nuestras almas!...

---

Soñaba yo, bien mío,  
 con noches puras, diáfanas,  
 del ardoroso Julio;  
 de esas noches que el alma  
 llenan de languideces,  
 tan hermosas que encantan.  
 Y juntos y apoyados  
 los dos en la ventana,  
 en cuyo oscuro hueco  
 la luna perfilaba  
 tus divinos contornos  
 con líneas argentadas,  
 sintiendo lo sublime  
 de la nocturna calma,  
 oíamos los ténues  
 rumores que turbaban  
 el mágico silencio  
 que en derredor flotaba:  
 En los vecinos campos  
 chirriaban las cigarras;  
 movíanse las hojas  
 al paso de las auras  
 con cadenciosa ritma  
 de armonías lejanas;  
 y allá en los abedules  
 de la obscura hondonada,  
 á intervalos el buho  
 con triste voz cantaba.  
 Y al oírlo tú, bien mío,  
 al oírlo tú, temblabas,  
 y echándote en mis brazos,  
 que el cuerpo te apretaban  
 con toda la ternura  
 de mis ardientes ansias,  
 —¿Qué es eso— me decías  
 que grita en la montaña  
 tan triste que da miedo?  
 —Es el buho que canta,  
 que arrulla con sus notas  
 el sueño de su amada.

Entonces tú, serena,  
 los ojos levantabas,  
 y yo, al mirarme en ellos,  
 veía allí tu alma  
 envuelta en los azules  
 rayos de tus miradas.,.

—  
 También soñé, bien mío,  
 con esas horas largas  
 y frías del invierno...  
 ¡esas horas que cansan!  
 Y juntos y asomados  
 los dos á la ventana,  
 pensábamos del valle  
 en las perdidas galas...:  
 Los árboles sin hojas;  
 la luz del sol nublada;  
 los campos sin matices,  
 cubiertos por la escarcha;  
 las cumbres de la sierra  
 de brumas coronadas;  
 ¡todo era triste y seco!...  
 ¡tan seco que apenaba!...  
 Y al verlo tú, bien mío,  
 sentías la nostalgia  
 de días más alegres,  
 de luz más pura y clara;  
 saltaban de tus ojos  
 dos temblorosas lágrimas,  
 y con acento débil  
 de queja que se apaga,  
 —¿Qué es esto— me decías—  
 que al pecho se me agarra,  
 que me entristece tanto? —  
 —¡Eso es que ve tu alma  
 en ese valle seco  
 la copia fiel, exacta  
 del corazón que pierde

sus dulces esperanzas!...

—

Así eran los sueños  
que entonces te contaba,  
que oías silenciosa,  
con delirantes ansias,  
poniendo el alma entera  
en todas mis palabras.  
Eran así mis sueños,  
mi bien, cuando soñaba  
con que eras ya mi esposa,  
¡la dueña de mi casa!...  
Mas el olvido un día,  
un día que ¡malhaya!,  
borró de tus recuerdos  
mis sueños y esperanzas...  
¡borró hasta la silueta  
de mi casita blanca!  
¡Qué triste, desde entonces,  
qué triste está mi casa!...

—

Hoy sólo en el otoño  
voy, mi bien, á habitarla:  
las hojas que se caen;  
los pájaros que callan;  
las tardes que al morirse  
son tan tristes que matan;  
el viento que en las selvas  
revuelve la hojarasca;  
la ausencia de las flores;  
las nieblas que ya bajan  
y en sus girones blancos  
abrazan las montañas...  
¡todo melancoliza!

¡todo, bien mío, ensancha  
las penas que yo quiero  
tener dentro del alma!...

—

Mi despertar es triste...  
Ya no abro la ventana  
de la nupcial alcoba  
que tanto ensueño guarda,  
porque la luz no encuentre  
la cama solitaria.  
Ya no oigo, vida mía,  
en esas noches lánguidas,  
la triste voz del buho  
que entre los pinos canta,  
porque no tengo al lado  
quien tiemble al escucharla.  
¡Solo contemplo el valle  
desnudo de sus galas,  
sombrió, mustio, seco,  
porque es la copia exacta  
de mi alma que ha perdido  
sus dulces esperanzas!...

—

Vivo hoy en el otoño  
en mi casita blanca.  
Con mi dolor á solas  
recorro sus estancias,  
y aun en el delirio  
de mi alma enamorada,  
las penas, de mi pecho  
el nombre tuyo arrancan...  
¡Te llamo....., y no contestas!...  
¡Qué sola está mi casa!...

EMILIO F. CORUJEDO.  
(Félix de Monterrey).

# POETAS PLACENTINOS CONTEMPORÁNEOS DE LOPE DE VEGA

## ADDENDA ET CORRIGENDA

(Continuación.)



A partida de bautismo, tal como hoy está todavía en el libro parroquial y como aparece de la certificación que el Canónigo ACEVEDO presentó en los autos, dice así: «*En veynte y siete de Junio de mill é quinientos é setenta años vauitice á JOAN hijo de Bllr. Azevedo é de Maria Lopez su mujer, fué su padrino Martin Saxe, Cura de S. Nicolas.—Firmado.—Sevastian Luis Moreno.*»

Pero ordenado el cotejo, á instancia suya, por providencia del Sr. Provisor, Lic. D. Diego de Castejón y Fonseca, fecha 20 de Septiembre de 1620, compulsóla el Notario Eclesiástico Fabián Rodríguez, resultando en el libro parroquial de S. Martín, que se había falsificado el original de esta manera: al margen estaba escrito AL<sup>o</sup> y con tinta más fresca y más negra se enmendó borrando la A, la L se hizo J, poniéndole una o: y en el cuerpo de la partida, y con la misma tinta, se puso sobre el nombre de ALONSO el de JOAN, y así parecía con toda evidencia la enmienda. Fueron testigos, que presenciaron la compulsión y vieron la enmienda y suplantación hecha, Francisco de Soria, Escribano de número, Esteban Fernández Casasola, Francisco Rodríguez Mello, Regidor de la Ciudad y Alonso Gomez de Quirós.

¿Quién sería el autor de la falsedad? A la mente maliciosa acude en seguida el proverbio latino *cui prodest*, mas nosotros no queremos hacer conjeturas temerarias, tratándose de canónigos, aunque pretendientes. *Entre bobos anda el juego.*

\*  
\* \*

En esta atmósfera moral de grandezas y miserias, en que al lado de santos tan grandes como IÑIGO DE LOYOLA, PEDRO DE GARABITO, JUAN DE DIOS, LUIS DE GRANADA, BERNARDINO DE OBREGÓN, TERESA DE CEPEDA, brillaron para el mundo los embaucadores y milagrosos como aquel, que bajo el nombre falso de Valladolid á quien no se le cierra puerta de ningún señor, ni letrado... y después le quemaron públicamente por somético engañador, de que habla *El Crotalón*, ó como aquellas monjas, que menciona la *Miscelánea* de Zapata, llamadas la una Magdalena de la Cruz, del Convento de Santa Isabel de Córdoba, á quien se le encomendaba la Emperatriz; Carlos V, cuando fué á Túnez, mandándole á decir que bendijese su estandarte y el Pontífice que la rogaba que le tuviese presente en sus oraciones; y la otra M.<sup>a</sup> de la Visitación, la de las 5 llagas, de la Anunciación de Lisboa, que gracias á la Inquisición fueron descubiertos, favor grande que debemos al Santo Oficio, se nutrió el alma de Alonso de Acebedo, que como todas las contemporáneas, presentan aspectos tan diversos como aparentemente heterogéneos. Concluían los hombres del *Greco* y nacían los *Velazqueños*, como moría el siglo de oro y comenzaba el de estaño, de nuestra historia.

Un espíritu tan práctico, en medio de sus bambollas y ostentaciones, como el del viejo legista ACEVEDO, que encomendaba sus hijos al nacer á los próceres eclesiásticos, y sus libros á los poderosos del Estado, vendiendo luego los privilegios á los libreros, de quienes cobraba de antemano su valor en contantes ducados, evitándose los albuces de la propia edición, que á tantos consumían sus caudales, necesariamente tenía que buscar acomodo para sus hijos, en armonía con su modo de considerar la vida; por eso cuando el joven ALONSO, nutrido ya con las buenas letras, gramática y latinidad, que siguiendo su instituto le enseñaran los PP. de la Compañía, que á la sazón gobernaba en Plasencia el hipocondriaco P. DIONISIO VÁZQUEZ, de quien asegura D. VICENTE LA FUENTE, que era hombre de carácter duro y altanero, bilioso y áspero y engreído de su saber, se encontraba ya en edad de alargar el vuelo, lo primero en que pensó, antes de enviarlo á Salamanca, donde ya estudiaba leyes su hermano el primogénito JUAN, fué hacerle ordenar de menores, tomando la prima clerical tonsura de manos del Obispo de Cuba D. Juan del Castillo, con licencia del ordinario Ilmo. D. Andrés Noroña, en la gótica Catedral Vieja el viernes 21 de Septiembre de 1585, con lo que quedó habilitado para que le colacionasen alguna de las infinitas Capellanías, con que los testadores ricos trataban de redimir al morir, sus pecados del vi-

vir, que pudiera servirle como de ayuda de costas, para los gastos que tenía que hacer en los estudios mayores que iba á emprender.

Cursó el joven Alfonso en la Ciudad del Tormes, como suponíamos al leer en su magistral obra poética, los encomios, que de la Universidad hace, siete años, tres de filosofía y cuatro de cánones, facultad hermafrodita muy preferida por los estudiantes, pues les servía lo mismo para obtener los cargos civiles como los eclesiásticos, y así se explica que en 1569, según el MAESTRO CHACÓN, de 6.500 estudiantes seculares, fueran 1.900 canonistas, 750 teólogos, 700 legistas, 200 médicos, 900 lógicos y filósofos y 2.000 á las lenguas; graduándose de Bachiller el día 2 de Marzo de 1594, pagando de aldehalas y propinas según Estatuto, 5 reales al Doctor, que confería el grado, 1 castellano al Arca y 2 ducados de depósito antes del examen.

La enseñanza que entonces se daba en aquella, como en todas las demás Universidades peninsulares, que eran en aquella sazón las de Alcalá, Sevilla, Granada, Osuna, Almagro, Cuenca, Toledo, Sigüenza, Huesca, Zaragoza, Barcelona, Lérida, Tarragona, Tortosa, Vich, Valencia, Gandía, Irache, Estella, Oñate, Valladolid, Santo Tomás de Avila, Osma, Santiago y Coimbra, consistía en la lectura que hacía el profesor de los párrafos de un texto preestablecido, al cual glosaba en latín escolásticamente con todos los subterfugios y sutilezas, que una imaginación ociosa le suministraba.

Por eso y con honrosas excepciones, lo que de aquellas escuelas sacaban los oyentes era una ciencia especial y paradógica; amén de la *gramática parda* que aprendían en la escuela de la necesidad y en las riberas amenas del Zurguén y el Tormes.

«Oh Dios inmortal, exclama el Gallo en el *Crotalón*, ¡qué martirio passe allí! que començando por uno de aquellos maestros segun el orden que ellos tenían entre si, á cabo de un año que me tenía quebrada la cabeça, con solo definir terminos *cathegorematicos y sin cathegorematicos, analogos, absolutos y conotativos, contradicciones y contrariedades*, solo me halle en un laberinto de confusión. Quise adelante ver si en el otro auia algo mas que gustar; y en todo un año nunca se acabó de enseñar una demostracion; ni nunca colegi cosa que pudiesse entender. Consolauame pensando que el tiempo avnque no el arte me traeria á estado y preceptor que sin perdida de mas edad me llegaria á mi fin, y ansi entré á oyr los principios de philosophia natural, y esto solo te quiero hazer saber: que á cabo de muchos dias solo me faltaba ser libre de aquella neçedad y ignorancia conque viue allí. Porque fueron tantas las opiniones y diuersidad de no se que principios de naturaleza; insecables atomos; innumerables formas; diuersidad de materias; ideas primeras y segundas intenciones; tantas questiones de vacuo y infinito que quanto mas allí estaua mas me emboscaba en el laberinto de confusion; y esto solo entre todas las otras cosas no podia sufrir; que como

en ninguna cosa entre si ellos conveniessen, mas antes en todo se contradecian y contra todo quanto affirmaban arguian, pero con todo esto me mandaban que los creyese dezir la verdad, y cada vno dellos me forçaua persuadir y atraer con su razon..... y ellos que puede ser que no sepan quantas leguas ay de Valladolid á Cabezón, determinan la distancia que ay de çielo á çielo, y quantos codos ay del çielo de la luna al del sol; y ansi difinen la altura del ayre, y la redondez de la tierra y la profundidad del mar y para estas sus vanidades pintan no sé que çirculos, triangulos y quadrangulos, y hazen unas figuras de esferas con las quales sueñan medir el ambito y magnitud del çielo; y lo que es peor y mayor señal de presunçion y arrogança, que hablando de cosas tan inçiertas como estas, y que tan lexos estan de la aueriguacion, no hablan palabra ni la proponen debajo de conjeturas ni de maneras de dezir que muestren dubdar. Pero con tanta çertidumbre lo afirman y bozean que no dan lugar á que otro alguno lo pueda disputar ni contradecir.»

Divididos los claustros como lo estaban los escolares, luchaban y no siempre dentro de las lides académicas, los *Canistas*, partidarios del profundo é irascible teólogo conquense MELCHOR CANO, con los *Carrancistas*, entusiastas del Arzobispo toledano, á quien aquél combatía por heterodoxo, al mismo tiempo enredábanse en disputas y muchas veces á garrotazos y á librazo limpio, los *Baconistas*, *Escotistas*, *Jesuitas* y *Tomistas*: mientras, por otra parte, salían á menudo á relucir las espadas de los Colegios de las Ordenes militares, para castigar faltas de cortesía y piques de etiqueta de los linajudos y enfatuados de los de los Colegios Mayores, quienes llevaban sus osadías hasta desobedecer á la Universidad y desacatarla, como hicieron en las honras fúnebres por el Monarca Felipe III, en las que tumultuariamente arrancaron los emblemas y escudos que adornaban el catafalco: y no faltaban tampoco las muertes, fuerzas, sediciones y desavíos de los que *no venían á Salamanca á aprender leyes, sino á quebrantarlas*, según frase feliz de MIGUEL DE CERVANTES, quien nos dejó en su *Tia Fingida*, cuadros fieles de la psicología y costumbres escolares de entonces.

De aquel esplendor, de la que así misma, y en tiempos con sobrada razón, se llamaba *Omnium scientiarum princeps* y de que nos da noticia D. ANTONIO AGUSTÍN, diciéndonos que cuando estudiante había conocido en Salamanca 52 imprentas y 84 estaciones de libros (aún conserva su nombre de *Libreros* una calle y otra inmediata de *Placentinos*, ambas próximas á las Escuelas Mayores) que entretenían á 3.600 personas entre *rigistas*, *typistas*, autores, ingenistas, dobladores, cosedoras, forristas y vendedores, además de otros muchos que *secaban los pellejos para las encuadernaduras*, apenas quedaban reflejos después de la quema de más de dos mil volúmenes de la Biblioteca, llevada á cabo en el patio de la Universidad, por el excesivo celo



de los fanáticos, á cuyo frente figuraba el envidioso LEÓN DE CASTRO, perseguidor de FRAY LUIS DE LEÓN y de FRANCISCO SÁNCHEZ, *El Bronce*; y de la famosa y terrorífica R. Cédula de 7 de Septiembre de 1558, en que se penaba con la muerte la publicación de libros sin licencia. No puede ser más triste el relato, que el Concejo hacía al Rey, representando contra el establecimiento del Colegio de San Pelayo, conocido por el de los *Verdes*, por el color de su manto, de la miseria del pueblo: «Los mendigos de todas edades y sexos corrían á centenares por las calles armados de zurrón, puchero y cuchara, en busca de la gazofia de los Conventos y el mendrugo de los Colegios; que invadían con escándalo los templos para recoger las ofrendas; que el toque á vuelo de una campana de comunidad atraía millares dellos y de ociosos que azuzaban á las mujeres y niños, arrebatándose las monedas que se arrojaban, por la elevación á cargo, dignidad ó toma de posesión de algún individuo; y que muchas familias decentes y de oficios se ponían á trabajar en el espolón de la puerta del sol, y por la noche buscaban asilo, otros muchos en los pórticos de las Iglesias, en la Cueva Celestina y en las sopeñas del hierro.»

La misma madre Sta. Teresa de Jesús, en el hermoso libro de *Las fundaciones*, confiesa con sinceridad que no había querido fundar en Salamanca convento, aun cuando había sido solicitada para ello, diciendo: «aunque por ser muy pobre el lugar me había detenido de hacer allí fundación de pobreza» y esto era en el año de 1470.

Por si estos fermentos pútridos no fueran suficientes, venían anualmente las elecciones de *Rector*, que recaía casi siempre, por el soborno de aquel abigarrado cuerpo electoral, en *señoritos* de noble estirpe (fuéronlo mientras cursó Acevedo desde 1586 al 1594, D. Juan de Torres y Portugal, hijo del Conde del Villar, D. Sancho Dávila, Doctor Juanetín Doria, Ldo. D. Juan Alvarez de Bolea, D. Pedro Deza, D. Antonio Sarmiento, Arcediano de Jaén, D. Luis Morca de Bolea y D. Gome de Figueroa, por el orden que van enumerados) y las oposiciones á Cátedras de las que cuenta detalles típicos, dignos de vulgarizarse D. LUIS ZAPATA, en su citada *Miscelánea*:

«Para haber las cátedras de Salamanca hay grandes competencias y bandos, y grandes aficionados, y así en pro y en contra ponen muchos letreros por todas partes, y á un pretendiente Almofara pusieron sus amigos esta letra:

Almofara la merece  
Por ser mas, y mas parece.

Y sus contrarios añadieron en cada pie esta parte:

TOMO XI.—CUAD. VII

El albarda  
Burra parda.

De manera que, bien al revés del primer sentido, decía así:

Almofara la merece, el albarda,  
Por ser mas, y mas parece burra parda.

Y mil veces con pasión loan á quien no se lo merece, y desloan á quien han de alabar. Como al muy grave y docto caballero Juan de Ovando, que fué después presidente del Consejo de Indias, pusieron:

Que nos lleva la cátedra Juan de Ovando  
Sobornando,  
*Quis talia fando.»*

Sería prolijo, aunque no supérfluo, traer aquí la descripción detallada de otras costumbres estudiantiles, como las *novatadas* ó patentes, que con referencia á Alcalá tan donosamente describe QUEVEDO en el capítulo v de la *Vida del Gran Tacaño*; las rondas ó músicas; las *chupandinas* ó convites; las fiestas de toros restablecidas después de pasajera prohibición, y que eran regocijo obligado en los Grados mayores; por eso nos limitamos á mencionarlas, concretándonos á hacer constar que en medio de aquella barahunda y quizás debido á aquel hervor literario, que sentían los cursantes de aquellos patios, en cuyos ámbitos aún resonaban, obscureciendo á GARCILASO y á BOSCAN, los dulces versos del Horacio español, el inspirado autor de los *Nombres de Cristo*, cuya estatua los ornamenta en la actualidad, hubo de sentir ALONSO DE ACEVEDO encenderse y avivarse en su alma la llama de la poesía, ya que según resulta de la información de que luego hablaremos, *profesaba letras antes de su ida á Roma.*

\*  
\* \*

Hay aquí un intermedio en la vida del Canónigo ACEVEDO en que ni las suposiciones pueden tener base. ¿Qué hizo desde que se graduó Bachiller en Salamanca hasta que le encontramos en Roma en 1607? Sólo lo que él nos dice

«...que el tiempo de mis tiernos años  
En vanas pretensiones he gastado,

pero dónde fueron y cuáles fueron éstos y éstas, sólo podemos conjeturar, que debieron ser desde luego en Roma, á donde fué, según la información citada, «á litigar personalmente en la S. Romana Rota hasta obtener que del Deanato se sacasen dos canongias modernas»; y nos

fundamos para ello en que ni CERVANTES, ni LOPE DE VEGA, ni SALAS BARBADILLO, en sus versificados panegtricos de los poetas le citan una sola vez, pues la de el *Viaje al Parnaso*, ya demostraremos que debe referirse á su padre el DR. ACEVEDO, *el viejo*; ni en ninguno de los versos laudatorios de los libros, que tanto se prodigaban mutuamente, aparece su nombre entre los de los infinitos, que veían la luz en España, prueba bastante de su ausencia y que la ida á Roma debió de ser á poco de volver de Salamanca.

\*  
\* \*

*Roma vedutta fide perduta*, voceaban al unísono los maleantes y parasíticos humanistas italianos del *cinquecento*, refiriéndose á las bacanales de aquella corte pontificia, en que el culto de Venus y Mercurio, parecía obscurecer el divino de CRISTO y LA VIRGEN MADRE. Horroriza leer lo que, sin escrúpulo y como si fuera la cosa más corriente y natural, refieren los *Diarios* de BUCHARD y las *Memorias* de BENVENUTO CELLINI, por no citar más. Un grosero ambiente de paganismo lo invadía todo, arte y costumbres; corrían por doquier vientos carnales; y la espada, el veneno ó el puñal, eran los medios que unos y otros empleaban para satisfacer su *vendetta*, sin respetar sexos ni sitios por sacrosantos que fuesen. El nepotismo y la simonía eran los abundosos manantiales de donde fluían el oro y la plata, que se derrochaba en orgías y cortesanas.

Pablo II era un jayán, cuyos placeres mayores consistían en ver correr hasta agotarse, animales, hombres, mujeres, á quienes se cebaba como cerdos, para que con su pesadez sufrieran más en sus carreras, cosa que aquel reía y celebraba descompasadamente; de Alejandro VII no podemos, sin que sufra el pudor, referir su vida particular; el fastuoso León X, el Magnífico, como le llamaban sus cortesanos, se entregaba con frenesí al ejercicio venatorio persiguiendo en brioso corcel las reses mayores y por la noche presidía banquetes, que dejaban tamaños á los de Lúculo y rodeado de cortesanas y payasos se complacía en presenciar en los iluminados jardines vaticanos las escandalosas representaciones de *La Calandria* y *La Mandrágora*, que harían enrojecer á un coracero.

Combatida tan rudamente la *Nave de San Pedro*, más aún que por las borrascas y tormentas, que este espectáculo levantaba en los místicos teutones, que dieron origen á la Reforma, por las francachelas é indisciplina de la tripulación, llegó al fin á puerto por solo la fuerza

divina que la asiste, confirmándose una vez más para consuelo de creyentes, la profética afirmación de S. León I: *Petri dignitas etiam in indigno herede non defecit*. Fueron los ejecutores providenciales de ese superior auxilio los Españoles á quienes, comenzando por sus monarcas y siguiendo por sus Obispos y diplomáticos, se debió la terminación del Concilio de Trento, en el que se afirmó el dogma, salvándose el *libre arbitrio* humano, del naufragio de la *predestinación*, fatalista bandera de los protestantes, y se dió cimiento sólido á la contra-reforma y moralización del clero, que tanta falta hacía.

A los pontífices guerreros, más príncipes que apóstoles, sucedieronles, con ligeras variantes, S. Pío V y Sixto V cuyas virtudes ascéticas, hicieron, que al menos, se guardara el decoro en la curia romana, cuya mundanidad aunque atenuada y disfrazada, continuó siendo motivo de censura por boca del parlanchín *Pasquino*. Así dice SEIGNOBOS: «Lo que más se había reprochado á los prelados era su lujo, y su vida mundanal; el Papa dió ejemplo y vivió como un ermitaño. Entonces ocurrió lo mismo que en los siglos xi y xiii, es decir que el clero hizo un esfuerzo para purificar la Iglesia contaminada por el espíritu del siglo. La orden de los Franciscanos fué reformada con el nombre de *Capuchinos*, y se fundaron otras. El siglo xvi fué al mismo tiempo la época de la Reforma y una edad de santos: San Cayetano, San Carlos Borromeo, San Francisco Javier, San Juan de Dios, San Ignacio, Santa Teresa, San Luis de Gonzaga y San Felipe Neri».

Nunca fueron cordiales las relaciones entre romanos y españoles y esa sorda enemiga, tuvo en aquella centuria estallidos dramáticos. Fué el primero el motín y matanza de Españoles al ocurrir en los primeros días de Agosto de 1503 la muerte de Alejandro VI y en el que sirvió de asilo á los perseguidos el palacio del Cardenal Santa Cruz, el placentino D. Bernardino de Carvajal, de quien dice ALONSO HERNÁNDEZ testigo presencial, en su *Historia Parthenopea* dedicada á su E.<sup>a</sup>:

Tu casa fue el arca donde han escapado  
Toda nobleza de gente de España,  
Segun el gran odio, rencor y gran saña  
Que tanta Alejandre nos ovo dejado...

El segundo, basta nombrarlo: fué el *Saco de Roma* por el ejército que mandaba, de españoles y alemanes, el CONDESTABLE DE BORBÓN, el día 6 de Mayo de 1527, «calamidad espantosa dice un historiador español, que hizo derramar al Papa copiosas y amargas lágrimas» de la que había sido atrevido prólogo la incursión que por las calles de la

Ciudad eterna, había llevado á cabo D. Hugo de Moncada al frente de cuatro mil españoles, pocos meses antes, saqueando el Vaticano, y obligando á capitular en el castillo de Santoangelo, al fugitivo Clemente VII, cuyas ingraticudes con el Emperador, fueron las causas de tantos males.

El tercero, que pudo ser aún más grave, fué el sitio de Roma en 1556 por las tropas españolas al mando del Gran Duque de Alba, para corregir el odio cruel de Paulo IV contra Felipe II y todo lo que fuera español, á quienes injuriaba con grosería impropia de su alta investidura; *Mai parlaba*, dice NAVAJERO, en sus cartas al Senado Veneciano, *de S. M. è della nazione spagnuola che non gli chiamasse eretici, scismatici e maledeti da Dio, seme de Giudei e de Mori, feccia del mundo deplorando la miseria d'Italia; che fosse astreita á servire gente cosi abjeta e cosi vile.*

Sin embargo de esto, para un español cualquiera, y sobre todo si era de la diócesis placentina, el ir en aquella época á Roma, á donde se va por todo según el refrán, era como para nosotros un viaje á la Corte, donde estamos seguros de encontrar una colonia de amigos y paisanos, que nos hará considerar aquellas como una extraterritorialidad de nuestro lugar. Perduraba todavía el recuerdo de los Cardenales Cárvajales y Cervantes Goet, y vivían aún allí sus paniaguados y protegidos: entre otros el brocense CRISTÓBAL DE CABRERA, autor del curioso libro *Las iglesias de Roma con todas las reliquias y estaciones donde se trata del modo de ganar las Indulgencias*.—Roma 1600 in 8.º, con grabados, interesantes bajo el punto de vista arqueológico: y los Canónigos y poetas que con ACEVEDO contribuyeron á la corona fúnebre á la malograda Reina D.<sup>a</sup> Margarita de Austria; cuya muerte prematura, falleció en el Escorial el día 3 de Octubre de 1611 de fiebre puerperal, á los pocos días de dar á luz su hijo el infante D. Alfonso, llamado *Caro*; había por esta razón hondamente conmovido la opinión, que recordaba todavía el fausto y regocijo con que Valencia y Madrid habían celebrado en 1599 las dobles bodas, de ella con Felipe III y de su hermano el Archiduque Alberto con la Infanta D.<sup>a</sup> Isabel Clara, hermana de aquél, y Condesa legataria, por su padre de los Estados de Flandes; y la amaba por su bondad y virtudes. *Sic transit ó gloria mundi.*

En dicha *Corona*, se tituló nuestro ACEVEDO, *Licenciado*, no teniendo aún el título, según consta en el expediente de que nos venimos ocupando; *quare causa?* ¿Por qué más tarde al publicar su *Creación del Mundo* se titula *Doctor*? No sabemos si real y verdadera-

mente había recibido en Roma ambos títulos, pero de ser así, y siendo válidos en España los de aquella Universidad, no nos explicamos por qué no los alega en su pretensión, y en cambio aduce los recibidos años después en España? ¿Sería quizás la vanidad la que le hiciera incurrir en los anatemas de QUEVEDO en su *Pragmática del tiempo* en que dice donosamente: «Y por cuanto nos ha sido hecha relación, que se ha perdido el nombre de los cuatro oficios más honrados de la república, conviene á saber, hidalgos, *estudiantes*, arcabuz y escribanos: porque los hidalgos, se llaman caballeros; los estudiantes, *licenciados*; los arcabuces, mosquetes, y los escribanos ó escribas, secretarios; mandamos, que pena de nuestra desgracia, cada uno tenga su título propio?»

Según las certificaciones, á que antes nos referimos, nuestro ACEVEDO recibió el grado de *Licenciado* en leyes, cosa asaz fácil en aquellos tiempos para un Canonista, con sólo tener aprobado *Digesto*, el día 12 de Agosto de 1620, y al día siguiente el de *Doctor*, según costumbre, en la Universidad de Sigüenza, que fundara en 1472, á instancia de D. FR. FRANCISCO XIMENES DE CISNEROS, D. JUAN LÓPEZ DE MEDINA, del Consejo del Rey D. Enrique IV, *su embajador en Roma*, Arcediano de la Catedral seguntina y Canónigo de Toledo, instaurándola en el Colegio de Jerónimos, de la cual fué también hijo ilustre el insigne historiador FR. JOSÉ DE SIGÜENZA.

Pocos días después, el 19 de Septiembre del mismo año, á los 17 meses de haberse posesionado de la Canongía, habíalo hecho en Abril de 1819, y á los 35 años justos de la primera tonsura recibió el Orden del Subdiaconado, cumpliendo así aunque con ligero retraso las prescripciones reformativas del Concilio Tridentino, de manos del Ilustrísimo Sr. D. Pedro de Carvajal, Obispo de Coria, en el palacio que este Prelado poseía en Cabezabellosa, de la diócesis placentina, ordenándose á título de la Canongía, á los 50 años de edad. Digámoslo con franqueza, hasta entonces no parecía muy grande ni muy fervorosa su vocación eclesiástica.

DANIEL BERJANO.

(Concluirá.)

# FUERZA Y MATERIA <sup>(1)</sup>

*La materia carece de cualidades abstractas.—Es sólo una ilusión de nuestros sentidos.—Relatividad desconsoladora de la una y de los otros.—Fantasías científico-sensitivas.—El concepto de continuidad que mide á la Fuerza, es esencialmente abstracto y transcendente.—La Ciencia, abecé del verdadero ocultismo.—Relaciones cualitativas y cuantitativas del color.—Cómo caen ellas de lleno en la teoría coordinatoria.—Los cinco colores sagrados.—Ventajas y dificultades del simbolismo.—Ejemplos científicos de su fecunda amplitud.—La evolución animal se apoya en la materia; la ciencia en cambio estudia la energética.—La gran X del misterio.—Schopenhauer y la filosofía de Oriente.—La Voluntad como fuerza cósmica y como el fenómeno más inmediato á las esencias.*



CONVENGAMOS, por un momento, con A. Compte, Büchner y Moleschott en que el Universo es una inmensa función de la Materia y de la Fuerza, pero ¿qué es la materia? ¿qué es la fuerza?

Materia es todo cuanto impresiona á nuestros sentidos. Las cualidades abstractas que, en definitiva parecen caracterizarlas, son la extensión, la impenetrabilidad y el peso, descartados los demás accidentes transitorios de forma, color, sonoridad, sapidez, perfume, etc.

Sin embargo, aquellas cualidades supremas que los físicos atribuyen á la materia, se esfuman en términos tales, que llegan á desaparecer como la más mentida de las ilusiones.

Podemos, en efecto, concebir el espacio abstracto ó sin materia, y buena prueba de ello son las enseñanzas de la Geometría respecto de los volúmenes; podemos, vice-versa, cambiar de un modo indefinido esa misma extensión de los cuerpos, que tan característica nos parece, operando los cambios de estado ó tránsitos de lo sólido á lo líquido y gaseoso con lo que se ve que la tan decantada extensión de los cuer-

(1) Un capítulo del libro en prensa «Comentarios á la Genealogía del Hombre, por A. Besant.»

pos puede modificarse con calores, presiones y enfriamientos en términos indefinidos.

En cuanto á la impenetrabilidad, tropezamos también con que todos los cuerpos son compresibles en razón directa de las presiones é inversa de las temperaturas que sufren. Además las moléculas de todos los cuerpos pueden separarse en átomos y éstos son de tan ínfimo volumen real que, según los cálculos de Gaudin, se necesitarían 250 millones de años para contar á razón de mil millones por segundo los átomos contenidos en una cabeza de alfiler, distando unos de otros, sin embargo, como distan entre sí los soles del firmamento, con lo que resulta evidenciado que los límites verdaderos de la porosidad como cualidad opuesta á la impenetrabilidad, son tan remotos que podemos considerar los cuerpos más duros como perfectamente penetrables en teoría, y no hablemos de la completa penetrabilidad de todos para los fluidos de la física, que son, según las modernas orientaciones de la ciencia, otros grados más sublimes de la materia. El átomo, lejos de ser lo que nos figuramos con nuestros groseros sentidos, es un mero agregado de energías físicas ó etéreas; un sistema planetario en miniatura compuesto de iones y electrones.

La cualidad de la pesantez, que se asigna, en fin, como esencial á los cuerpos, tampoco merece los honores de cualidad abstracta sino de cualidad concreta y relativa, subordinada á la atracción de la Tierra, atracción que es variable por la latitud, la altitud, las atracciones ó perturbaciones planetarias y hasta por la acción de otras varias fuerzas de la física. Por otra parte, aunque quisiéramos otorgarle á dicha cualidad el carácter de absoluta, siempre tendría en sí la relatividad ínfima de la Tierra misma, globo minúsculo, perdido entre miríadas de astros, frente á cuyas masas la suya valdría menos que un invisible átomo.

No, mil veces no. La materia carece de cualidades físicas «esenciales» ó abstractas, porque hasta el concepto de cualidad es inevitablemente concreto, limitado y relativo. La materia es mera ilusión de niños, frente á frente del problema de la fuerza, que es y será siempre el problema verdaderamente científico. *La nota característica de la materia es la cualidad de impresionar á nuestros sentidos: por eso es ella tan relativa y falaz como nuestros sentidos mismos: una «maya» una ilusión como reza su significado sánscrito.*

W. Crookes, el sabio físico, descubridor del Talio, del estado radiante y del radiómetro, paladín esforzado, observador de los fenómenos hiperfísicos ó *del otro mundo*, que dice el vulgo, ha sido quien más valientemente ha demostrado la relatividad de nuestros sentidos y por



ende la «maya» de la materia. Sus fantasías sobre el particular tienen la hermosura y práctica enseñanza de todos los apólogos. La simple enunciación de algunas de ellas nos harán concebir la posibilidad de tantos universos subjetivos ó representativos como sujetos sencientes y conscientes existan, al par que la insondable profundidad del *Mysterium Magnum*, el de la Deidad ó Suprema Verdad Objetiva, el de la futura Realidad del Ultimo Día del Universo de lo Manifestado.

Para un homúnculo infinitamente pequeño, como una gota coloidal, todos los líquidos serán coloidales y esféricos: un ser semejante pasaría dulcemente la vida al borde de un «océano» como el aprisionado hace millones de siglos en los cristales del granito. Para otro ser infinitamente plano no existiría la tercera dimensión y todo lo relativo á volúmenes resultaría para él «cosa del otro mundo», como para nosotros todo lo relativo á la cuarta dimensión. Un ser cuyo cuerpo fuera líquido podría penetrar y vivir en el seno de la totalidad de las rocas permeables de la Tierra. Otro ser cuyo cuerpo fuese gaseoso resultaría un verdadero proteo que, cual los gases, podría confinarse á voluntad en estrechos ó en inmensos recintos, cambiando de forma y adaptándose á la de los recipientes mejor que se adapta á ellos un amibo. Un ente dotado de cuerpo con un índice de refracción igual al del aire, sería invisible y jamás sabríamos de él si se abstuviese de rozarnos y de producir ruidos. Otro, dotado de velocidad traslaticia tal que pudiese cruzar por nuestro campo de visión en menos de una décima de segundo, tampoco existiría para nosotros, sin perjuicio de lo cual un choque con él nos resultaría tremendo. Los ejemplos pueden multiplicarse hasta lo infinito.

Pero donde éstos resultan más convincentes es en el campo de las vibraciones del éter, ó fuerzas de la Física.

Sabemos, en efecto, que cuantos flúidos estudia dicha ciencia, no son sino grados vibratorios, notas musicales, por decirlo así, formadas por condensaciones y enrarecimientos de ese medio universal, atmósfera sutilísima que envuelve y empapa á todos los cuerpos. Un cierto número de vibraciones del éter por segundo determinan en nosotros la sensación eléctrica; otros, en número mayor, la sensación calorífica; otros, más y más crecientes, la luminosa, la de los rayos ultravioletas, la química, etc. etc. Entre unas y otras vibraciones existen grandes lagunas, para las que no hemos inventado aparatos ni desarrollado sentidos.

Pues bien: con sólo suponer cambiadas las sensibilidades de las retinas de varios seres, podríamos formar una gama de ellos, quie-

nes verían, unos con la electricidad, otros con la luz, otros con los rayos X y así sucesivamente. Entre el *xilope* (vidente de los rayos X) y el *homo sapiens* de Linneo, el contraste sería aterrador. El primero se construiría las casas de cristal para preservarse de miradas indiscretas y de los rayos del Sol, que para él serían, no los que nosotros llamamos de luz, sino los dichos rayos X, única luz que para él emitiría el gran astro, pero que no penetran el vidrio como los de *nuestra luz*. El xilope para recibir de algún modo su *luz xilopeana*, colocaría *vidrieras de madera* en los huecos del palacio. Los bosques más intrincados serían invisibles para él mismo, quien se figuraría en cada ciénaga una llanura sin confines, y sus supersticiones vendrían precisamente del lado de los árboles, quienes, con su mentida transparencia para los rayos X, le resultarían anómalas entidades compuestas de surtidores de agua (la savia vegetal, para ellos la única visible) apartados de las leyes generales de la hidráulica y á las que jamás pudo tocar mano xilopeana alguna, por impedirselo, á guisa de espíritus invisibles, los troncos de madera en los que se detendría con su tacto sin que por ello se impresionase su vista, cosas todas tremebundas á las que un sabio acaso puso fin inventando ¡el escoplo y la sierra, para seccionar el invisible! Inútil es añadir que la guerra entre el pueblo humano y el pueblo xilopeano sería sin cuartel, porque, ante la incompatibilidad de sus contrarias ideas, nacidas sólo de sus tan contradictorios sentidos, experimentarían la necesidad de exterminarse, si no sobrevino un ser superior, un Rey Divino, quien, cual Osiris enseñó el arado ó la rueda, les enseñase la más alta regla de moralidad y tolerancia, aquella misma que cantó el poeta:

En este mundo traidor  
nada es verdad ni mentira;  
todo es según el color  
del cristal con que se mira.

Estas y otras fabulitas nos guían hacía un camino altamente filosófico: el diseñado por el postulado siguiente que desearía grabar de un modo indeleble en la mente del lector: *el concepto de calidad es sensitivo y relativo: pertenece como nuestros sentidos todos que le acusan, al orden, aun no extinguido de nuestra anterior evolución animal. El concepto abstracto de cantidad, en cambio, es esencialmente mental y humano: por él y sobre él cimentamos nuestra ciencia y á él aludió Platón en el Timeo, cuando dijo: «Dios emanó todas las cosas, cuando por vez primera aparecieron, según formas y números»*. Las formas transitorias son nuestras únicas concepciones animales posibles; los

números son el fruto único que obtiene nuestra mente de los conceptos abstractos de espacio y tiempo, esencia y existencia, sucesión y continuidad, ó del sintético de Fuerza Mensurable. Ellos en sí mismos se hallan ya más emancipados de la materia y, al pasar de lo abstracto á lo concreto gozan por eso de la indeterminada ubicuidad del SÍMBOLO. Por tal causa, en fin, son los números, claves del Universo, que nos dan hasta el dón de profecía, como en los eclipses.

Importa sobremanera el que nos empapemos profundamente de la inmensa ventaja de lo *cuantitativo* ó *numérico*, que á toda fuerza mide, sobre lo *cualitativo*, fuente siempre de errores sensitivos, é incapaz por sí de servir de base á una verdadera ciencia. De paso iremos acostumbrándonos á ver más próximos el concepto filosófico de fuerza y el de la cantidad que la mide y veremos así más claramente lo que constituye el divino ABECÉ, del Ocultismo que aun en las ciencias europeas aparece. Pongamos ejemplos.

El profesor acaba de presentar á sus alumnos un enorme recipiente de cristal, en cuyo fondo hay algunos gramos de un líquido teñido por el rojo del espectro. Todos los alumnos dotados de vista normal estarán de acuerdo acerca del color rojo del líquido.

Mas, por un conducto especial, no visible, va penetrando gota á gota otro líquido amarillo que un agitador helicoidal reparte en el acto por el líquido rojo. Aunque penetren las primeras gotas, la cátedra en pleno seguirá viendo en el recipiente el rojo del espectro, hasta el momento en que, no el mejor alumno, sino el dotado de más atención y mejor vista empezará á notar que el color va evolucionando lentamente en anaranjado. Al aseverarlo él así en un principio, quizá consiga sólo que se le pongan en contra sus camaradas y aun le traten con la dureza con que suele tratarse en la Tierra á todo innovador que se anticipa sencillamente á su tiempo. Poco á poco, sin embargo, la «doctrina del anaranjado» se hará popular, hasta que el menos lince no se atreva ya á afirmar la continuación del rojo. Aumentando así el amarillo, hasta estar en proporción mucho mayor que éste, el anaranjado se esfumará en términos tales, que será prácticamente amarillo. Pero, ¿cuándo principió en realidad el anaranjado?: con la primera gota de amarillo, precisamente cuando nadie podía aún advertirlo. Y ¿cuándo desaparece el anaranjado en la vasija?: nunca, porque siempre subsiste algo de rojo en la mezcla. Este color binario ó de transición ocupó, pues, toda la gama de la serie, salvo el primer término—el cero del amarillo—y el último, ó sea aquel en que la relación del amarillo al

rojo sea un infinitamente grande matemático, por ser el rojo, proporcionalmente á la masa total, un infinitamente pequeño relativo.

Ahora podréis apreciar las ventajas del concepto de cantidad, ó de abstracción numérica, sobre el simple de calidad, comparando el largo párrafo anterior, en que se sigue dando el mismo y limitado nombre de anaranjado á una serie infinita de colores sin nombre, con esta expresión matemática, síntesis de todos los anaranjados posibles:

$$\frac{\text{rojo}}{\text{amarillo}} = \text{anaranjado}, \text{ ó } \frac{r}{a} = n$$

La ciencia de la cantidad nos enseña que el valor de la expresión cambiará cada vez que, permaneciendo constante uno de los dos colores simples el otro aumente ó disminuya, hasta el límite en que el anaranjado cese por reducirse á cero ó llegar á un valor infinitamente grande cualquiera de los dos colores que le integran, sin embargo de lo cual uno, y solo uno de la serie ilimitada expresa la ponderación armónica que define al anaranjado del espectro.

Busquemos, pues, la cantidad abstracta, la serie, el número, si queremos ser verdaderos filósofos, despreciando las «mayávicas» ó ilusorias apreciaciones cualitativas, restos de nuestra evolución sensitivo-animal que habremos de reducir más y más con nuestro progreso trascendente, después de haber utilizado los sentidos como medios de evolutiva transición, pero sin divinizarlos groseramente cual ídolos, hasta el punto de no tener como verdad más que las experiencias de sus testimonios siempre falibles, que han servido de rémora eterna contra la obra de los grandes revolucionarios del pensamiento. El que hoy salga el Sol, y mañana y por siglos, nada impide el que algún día ó no le veamos más ó deje efectivamente de salir, razón por la cual el gran filósofo de Koenisberg opuso á los juicios empíricos, siempre relativos y contingentes, los juicios sintéticos *á priori*, formados en el seno de la facultad intuitiva, esa misma facultad que, como dice H. P. Blavatsky, es la primera y más excelsa de las facultades de la mente. Notemos también de pasada el por qué se tuvo á la enseñanza matemática como primordial en las iniciaciones en los Antiguos Misterios. En ella la primera lección es y será siempre la de rechazar el aspecto animal de la cualidad sensitiva con la que nuestra alma recibe impresiones y experimenta emotividades, sustituyéndole con el concepto de la cantidad, que es el símbolo de la Fuerza que yace siempre oculta. Así dejará de extrañarnos la famosa inscripción délfica: «nadie entre que no sepa matemáticas».

(Concluirá).

MARIO ROSO DE LUNA.

# CONGRESO UNIVERSAL DE LA POESÍA

## CONVOCATORIA

Para el Congreso de la Poesía que desde el 27 de Octubre hasta el 3 de Noviembre del presente año habrá de reunirse en Valencia, llamamos y convidamos á todos los poetas que, además de unidos por el sumo vínculo espiritual, lo estén por el de consanguinidad ó por el de afinidad á los poetas españoles.

A los nacionales y regionales de nuestra Península, así como á los del continente é islas de América; á los franceses, incluyendo entre ellos á quienes cultiven las lenguas *d'oc* y *d'oïl*; á los ingleses del país de Gales; á los italianos que hablen dialectos é idioma; á los portugueses de aquende y allende el mar; á los alemanes, á los escandinavos, á los rumanos y á los sefarditas se dirige este llamamiento.

Deseamos, sin reparar en confesiones ni en procedencias, que acudan á la cita los servidores de la Musa académica y los enamorados de la Musa aldeana; los refinados y los ingenuos; los irónicos y los místicos; los cautivos de lo ideal y los andariegos de la vía pública; todos aquellos, en fin, que posean la gracia comunicante de las palabras armoniosas.

Y al convocar á los oficiantes convocamos de igual modo á los fieles, pues que á una sola comunión pertenecen los que administran y los que observan el mismo culto.

Época de renacimiento poético es la época actual, no obstante el predominio aparente de los intereses materiales y de las aventuras positivistas. La industria y el comercio han entendido que el arte es su mejor auxiliar; que las grandes empresas é iniciativas no se desarrollan exclusivamente en los libros de caja, y que sin un poco de vapor de alma no funcionan bien las mejores máquinas, ni avanzan con segura velocidad las más potentes locomotoras.

Ya no se considera á la Poesía como el ruido de un viento que, según la frase helénica, pasa desparramando gérmenes por golfos y despoblados. Se la considera como una sembradora que en donde quiera que hay una mota de tierra laborable deposita una semilla generatriz, como una fuerza real que tonifica, embellece y engrandece la vida y el trabajo de los hombres.

Bien venidos serán á Valencia los que á este fraternal emplazamiento respondan, y bien hallados se sentirán en la espléndida metrópoli levantina, en donde á vueltas de cuatro centurias se determina un segundo Renacimiento mercantil, artístico y literario; en donde el ambiente normal es tan propicio á la faena de los brazos como al alumbramiento de las imaginaciones, y en donde, si se multiplican las flores, nada menos se multiplican los frutos.

Ciudad española, amantísima de la patria común, y fiel guardadora de los usos, leyes y hábitos propios, tiene el ánimo hospitalario y civil que debe á su participación histórica en la soberanía del Mediterráneo; gusta de que en sus dos estaciones primaverales se recreen y embriaguen cuantos á sus huertas y playas acuden, y, llena de cordial efusión, abre la casa y los brazos, tanto á los hermanos como á los extranjeros.

Imposible imaginar teatro más adecuado para el Congreso y Fiesta de la Poesía.

Un estadio reverberante de sol y ceñido de flores embelesará á los amantes de lo antiguo que vengan á la nueva Olimpiada. Campos tendidos y aguas mansas evocarán en el alma inspirada de los fervorosos la visión del Capítulo franciscano de las esteras. Y entre las galas de la Naturaleza y los primores del Arte, la Lonja, la admirable Lonja, fuerte como un guerrero de cincelado arnés, y elegante y gentil como una Clemencia Isaura, dirá á todos que, sin perjuicio de la ofrenda tributada á la vida espiritual, conviene é importa mejorar la corporal á favor de inteligencias, acuerdos y pactos mutuos.

Anhelamos concertar los esfuerzos de todos los interesados para asegurar las conquistas modernas y ensanchar las acciones futuras de la Poesía; queremos reforzar los lazos de la simpatía con los del recíproco apoyo entre los poetas de España y los de fuera de España; pretendemos estimular el trabajo, avivar las vocaciones, sostener la fe, alentar la inventiva, y agrupar, en torno de quien sepa hacer sentir, auditorios cada día más numerosos y varios que le escuchen; es nuestro propósito fomentar y propagar un culto á la vez humano y divino, cuyo influjo sobre las conciencias y las inteligencias supera al que ejercen las otras Bellas Artes.

Pero deseamos también que para los efectos de la propiedad intelectual, de la publicidad y la librería; para el intercambio de la producción nacional y extranjera, y para obtener de los Gobiernos protección análoga á la que alcanzan la Música, la Pintura y la Escultura en todas sus derivaciones, presenten, discutan y aprueben los congresistas aquellas fórmulas y reglas que mejor conduzcan á los fines expresados.

Sea una ardiente súplica dirigida á los pueblos, á los Gobiernos y á las Sociedades de América, de Portugal, de Francia, de Italia, de Alemania, de Rumanía, de Escandinavia, el cierre de la presente convocatoria.

En beneficio de la paz, de la fraternidad y de la cultura, ya que no en obsequio á la mentalidad española, envíen sus excelsos poetas y sus finos amadores de Poesía al Congreso que, coincidiendo con las últi-

mas fiestas de la Exposición valenciana, se reunirá en la bella ciudad levantina del 27 de Octubre al 3 de Noviembre de 1909.

No como huéspedes, sino como miembros de nuestra familia, serán acogidos en Valencia y en España. Que, al cabo, hermanos son cuantos practican el único rito ante cuya deidad se inclinan abrazados los hombres de las más opuestas creencias y también aquellos que, por su mal, ya no tienen ninguna.

En Madrid, á 1.º de Julio de 1909.—ALFREDO VICENTI.—JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ.—JOSÉ JOAQUÍN HERRERO.—MANUEL MACHADO.—GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.—AMADO NERVO.—ANTONIO DE ZAYAS.—MARIANO MIGUEL DE VAL, Secretario general del Congreso.

---

### CONDICIONES

Para ser congresista, según se desprende del texto anterior, no se requiere más condición que la de solicitarlo y pagar la cuota de inscripción, por carta, todo ello dirigiéndose al secretario general del Congreso: Serrano, 27, Madrid.

Los congresistas podrán ser, á su voluntad, *protectores*, en cuyo caso abonarán la cuota que deseen, desde 50 á 500 pesetas, ó *numerarios*, cuya cuota fija es de 10 pesetas.

Una vez abonada la cuota de inscripción, los congresistas recibirán numeradas sus tarjetas de identidad, que les darán derecho:

1.º A la rebaja obtenida en los ferrocarriles para el viaje de ida y vuelta á Valencia, rebaja para billetes de primera, segunda y tercera, superior á la ofrecida por los billetes kilométricos y los especiales de fiestas.

2.º A los precios especiales de alojamiento de primera, segunda y tercera en Valencia, durante los indicados días del 27 de Octubre al 3 de Noviembre próximos.

3.º A localidad preferente en todas las sesiones y actos del Congreso; y

4.º A una rebaja del 50 por 100 en el precio de las publicaciones del Congreso que deseen adquirir.

---

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

**La Iberiada** | *Poema en prosa* | *Canto X* | **Portugal** | *original de* |  
D. MANUEL LORENZO D'AYOT | *Director de «La Reforma Literaria».*  
| Madrid, Imprenta «El Trabajo».—1909, 39 págs. en 4.º reducido.

Con la misma galanura de estilo y brillantez de forma, que en los cantos anteriores, loa el Sr. D'Ayot, en este al «noble pueblo, hermano querido de España», dedicando especiales capítulos á *Camoens*, *Alejandro Herculano*, *Núñez de Balboa* y el *Pacífico*, *Anthero de Quental*, *Vasco de Gama*, *Santarén*, con su leyenda hagiográfica de *Santa Iria*, *El castillo de Palmella*, *Juan de Deus*, *Teófilo Braga* y *Almeida Garrett*, *D.ª Inés* y *D. Sebastián*, los de la trágica muerte y acortada vida, *Eduardo Coelho*, *Abel Botelho* y *Pereira de Sampaio*, *Fulio Brandau*, *Vieira da Costa*, *Orlando Marçal*, *Guerra Junqueiro* y *Marcelino Mezquita*.

Se trata de un poeta, y por lo mismo, si *aliquando bonus dormitat Homerus*, bien podemos perdonar al Sr. D'Ayot un error y una omisión, que nos vemos obligados á rectificar, satisfaciendo á la par á la verdad y á la justicia.

Es el primero, de gran bulto, el de hacer portugués al extremeño NÚÑEZ DE BALBOA, que con españoles y no portugueses, descubrió y tomó posesión *para la Corona de Castilla*, del grande *Océano Pacífico*, el día 29 de Septiembre de 1513. «Capitán prudente, animoso i liberal i que eternamente será estimado por uno de los Capitanes más memorables de las Indias. Era Hijodalgo, natural de Xerez de Badajoz;» dice el cronista de Indias Antonio Herrera, en sus *Décadas*.

Es la segunda la absoluta preterición, ni siquiera le nombra el Sr. D'Ayot, del gran historiógrafo, para nosotros y para muchos más el primero de la Península, JOAQUÍN PEDRO OLIVEIRA MARTINS, cuya colosal labor en pro de la raza ibérica, le otorga el puesto preeminente entre los pensadores y patriotas de ambas naciones. Su *Bibliotheca das sciencias sociaes*, 16 tomos de los cuales es el primero la *Historia da Civilisação iberica*, amén de otras muchas más, literarias y económicas, son el pedestal de su alta fama y la justificación de nuestros asertos.

A pesar de estos lunares, la obrita de que damos cuenta, llena el fin que su autor se propuso y sirve para tomar idea sintética de múltiples aspectos de la biología lusitana.

B.